

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

MENSAJE SIN DESTINO



 **Banesco**
Contigo

CLÁSICOS
VENEZOLANOS
ENSAYO



MARIO BRICEÑO IRAGORRY

MENSAJE SIN DESTINO

Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo
1952



Cyngular

MENSAJE SIN DESTINO

Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo • 1952

Mario Briceño Iragorry

Editores:

Vicepresidencia de Comunicaciones
y RSE de Banesco y Cyngular

Producción general:

Cyngular Asesoría 357, C.A.

Productor ejecutivo:

Sergio Dahbar

Productora asociada:

Mariela Colmenares

Coordinación editorial:

Francis Lugo

ISBN 978-980-425-131-3

Depósito Legal: DC2025000501

ISBN: 978-980-425-131-3



Cyngular

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informativo, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

COLECCIÓN
CLÁSICOS VENEZOLANOS

I.

Alrededor de 1450 –quizá un poco antes– aparecieron en Europa libros distintos a los que existían hasta entonces: ya no provenían de los monasterios, donde las órdenes religiosas habían creado disciplinadas estructuras de producción de libros copiados a mano, sino que habían sido reproducidos con un método –un artefacto– ingenioso y muy simple: sobre una plancha se disponían unos tipos móviles y una pieza de papel o una vitela, que era sometida a la fuerza de una prensa. Debidamente encuadernados, un artesano de la impresión podía reproducir veinte ejemplares o más, en el tiempo en que un copista hacía un ejemplar.

En realidad, la famosa Biblia de Johannes Gutenberg, que estuvo lista en 1455, después de al menos cuatro años de trabajo sostenido, no fue la primera obra impresa con tipos móviles. Fue, eso sí, la primera obra de grandes magnitudes. Y la de mayor fama. Así, de Gutenberg puede afirmarse que fue uno de los inventores de la imprenta en Europa. Ahora sabemos que en Asia, concretamente en Corea, ya se imprimía con tipos móviles y una prensa mecánica en el siglo XIII.

El surgimiento de la imprenta no puede explicarse solo como fruto de la pura voluntad inventiva. Había una demanda real: crecía el número de clérigos que debían formarse y se fundaban nuevas universidades en Italia, Francia y Alemania. Los primeros

impresores fueron artesanos que vendían sus libros en un mercado incipiente, que comenzaba a crecer.

En casi cinco décadas, entre 1450 y 1500, la suma de los tirajes conocidos, alcanzó en Europa los 20 millones de ejemplares. Conviene contrastar ese dato con este otro: la población del continente era de 100 millones, aproximadamente. Son números muy llamativos, si se tiene en cuenta que los tirajes eran muy pequeños. En 1469, por ejemplo, el dux de Venecia, Nicolo Tron, fue informado de que un impresor había hecho 100 ejemplares de las cartas de Cicerón. Hizo que lo llamaran para recordarle que no podía vender su mercancía a los otomanos, enemigos históricos de los venecianos.

Hacia finales del siglo XV y comienzos del XVI, los tirajes comienzan a crecer: se necesitaban más libros para que los sacerdotes pudiesen cumplir con sus objetivos evangelizadores y pedagógicos o para que los jóvenes, en los castillos o en los seminarios, pudieran leer a sus maestros.

La aparición del libro reproducido mecánicamente reconfiguró el mundo: permitió que el conocimiento acumulado en monasterios y bibliotecas saliera de esos recintos hacia los hogares y los lugares de enseñanza; dotó a maestros y alumnos de un instrumento excepcional –los libros–, que vino a potenciar la transmisión del saber de una generación a la siguiente; ofreció a los autores un instrumento portátil, disponible para viajar de un lugar a otro, por encima de cualquier frontera cultural, lingüística, política, religiosa o de otra índole.

Durante cinco siglos, sin nada que lo amenazara, el libro reinó indiscutible. La irrupción de internet y la revolución digital ha afectado al libro, en el sentido de que el promedio de los tirajes ha disminuido, con amplias diferencias entre uno países y otros, en un rango que oscila entre 30 y 70%. La consecuencia de esta tendencia, hasta ahora, es que el libro impreso en papel se mantiene

vigente, al tiempo que el libro digital ya ha comenzado a ganar terreno, con todas las ventajas de que se produce a costos muy bajos, y tiene un potencial de circulación casi ilimitado.

II.

Desde aquella etapa inicial de crecimiento de los tirajes –primeras décadas del siglo XVI– hasta nuestro tiempo, al libro lo ha rodeado la cuestión crucial de la popularización. Pedagogos, editores, autores, planificadores, académicos, político e intelectuales se han preguntado una y otra vez cómo llevar los libros a una mayor cantidad de lectores; cómo hacer que las familias estimulen la experiencia de la lectura entre los niños. Se han preguntado cómo hacer para que el discurso –que goza de aceptación casi universal–, de que el libro continúa siendo una herramienta crucial en la conformación del pensamiento de las personas, deje atrás lo retórico y se convierta en hechos concretos.

Entre los primeros títulos cuyos tirajes cruzaron la línea de los 1000 ejemplares, había catecismos para jóvenes y manuales concebidos para uso pedagógico. La historia de la expansión del libro impreso ha sido indisociable de la expansión de la escolaridad. Cada vez que alguien se pregunta en el mundo cómo educar a más personas o cómo mejorar la calidad de los contenidos educativos, la pregunta de la accesibilidad de los libros reaparece inevitable.

III.

Basta recordar la extraordinaria iniciativa de la Biblioteca Popular Venezolana, creada a mediados de los años cuarenta por el Estado venezolano, bajo el empuje de Mariano Picón Salas, para que constatemos que la preocupación por producir libros a costos accesibles, y con ello promover la literatura de nuestro país, cuenta

con ese antecedente fundamental, que no puedo dejar de mencionar aquí. Aquella colección, que superaba los 120 títulos, que se regalaban o se vendían cada uno por un ‘real’ –medio bolívar–, es uno de los hitos culturales fundamentales del siglo XX venezolano. En muchos hogares venezolanos es posible encontrar esos pequeños volúmenes que cumplieron una valiosa tarea divulgadora de obras narrativas, poéticas y ensayísticas.

Entre las muchas iniciativas recientes, desde distintas instituciones y entidades culturales, públicas o privadas, otra que quiero anotar aquí, es el consecuente trabajo realizado por el Banco del Libro, entidad sin fines de lucro fundada en 1960, cuya gestión y proyectos han recibido importantes reconocimientos dentro y fuera de Venezuela.

En su medida, la colección *Clásicos Venezolanos* viene a sumarse a una corriente de meritorios esfuerzos –los dos mencionados y muchos otros–, guiados por la misma doble preocupación: el acceso a los libros y la promoción de la lectura.

Clásicos Venezolanos intentará ofrecer una contribución en estos términos: que 20 libros en formato digital estén disponibles gratuitamente en nuestra web, durante la primera etapa, cada uno acompañado de textos que contribuyen a la comprensión de la obra, y de un video, en el que un docente experto en el tema dictará una clase sobre la misma. La idea de los promotores de esta iniciativa, es que, más que solo ofrecer los textos de unas determinadas obras literarias, Banesco ponga a disposición una especie de paquete pedagógico –el libro, los textos de apoyo y el video con la clase dictada por expertos– para uso de docentes, estudiantes y de cualquier otro lector que se interese por la riqueza literaria venezolana.

Lo que tantas veces he dicho, lo reitero aquí: llevo conmigo una profunda confianza en la Educación, que se ha fortalecido con el paso del tiempo. La premisa que dice, Educar es la más estratégica

de las inversiones, es relevante para las personas, las familias y la sociedad. Nos interesa a todos por igual: educar y ser educados, en una interacción que trasciende los límites del hogar y la escuela, y se proyecta al desempeño laboral y a cada hecho de la vida cotidiana.

La política de Responsabilidad Social Empresarial de Banesco, y los programas específicos en los que invierte tienen su origen y su destino se fundamentan en lo que llamo el credo educativo. Credo educativo significa para nosotros que, ante la magnitud y complejidad de las demandas urgentes y estructurales que tiene la sociedad, Banesco ha escogido concentrar su contribución en determinadas iniciativas de orden educativo, incluyendo en ello algunas que también tienen un carácter cultural.

Y ese es el paradigma con el que ofrecemos la colección digital *Clásicos Venezolanos*: el paradigma que nos compromete a continuar prestando nuestro apoyo a iniciativas a favor de la educación venezolana, el paradigma que nos recuerda que la Educación es el único camino sostenible para hacer posible el progreso de Venezuela.

Juan Carlos Escotet Rodríguez

FUNDADOR Y PRESIDENTE DE BANESCO INTERNACIONAL

ÍNDICE

Prólogo del Autor.....	11
Mensaje sin destino	15
Explicación	77
Notas.....	79
Mario Briceño Iragorry, la angustia de nuestro drama	
<i>Milagros Socorro</i>	94

Prólogo del autor

Este ensayo vuelve a las cajas de imprenta (como solemos decir quienes empezamos a escribir cuando la imprenta era más arte que industria), para corresponder, por medio de una nueva edición, a la solicitud con que el público lo ha favorecido. Satisfactoriamente para mi ello representa que el cuerpo de ideas sostenidas a través de sus páginas corresponde a una realidad nacional, que interesa por igual a otros venezolanos.

Escritores preocupados en el examen de nuestros problemas han consignado en las columnas de la Prensa su opinión acerca de los temas que aborda mi Mensaje. Algunos han llegado a límites de extremosa generosidad y encumbrada honra; otros han mostrado alguna disconformidad con la manera de tratar yo ciertos temas.

Quiero referirme fundamentalmente a la poca importancia que asigna uno de los críticos a nuestra carencia de continuidad histórica como factor primordial de crisis, para ubicar toda la tragedia presente en solo el problema de la transición de la vieja economía agropecuaria a la nueva economía minera. Jamás me atrevería a desconocer el profundo significado que en nuestro proceso de pueblo tiene la presencia del petróleo como factor económico y social, ni menos desconozco las ventajas de la nueva riqueza. En mi ensayo lo he apuntado claramente, y en él me duelo de que, por carencia de un recto y provechoso sentido histórico de la venezolanidad, hubiéramos preferentemente utilizado los recursos petroleros para satisfacer nuestros bajos instintos orgiásticos, antes que

dedicarlos a asegurar la permanencia fecunda de lo venezolano, y ello después de haber olvidado ciertos compromisos con la nación para mirar sólo a la zona de los intereses personales. Cuando radico en lo histórico la causa principal de nuestra crisis de pueblo, no miro únicamente a los valores iluminados de cultura que provienen del pasado. Me refiero a la Historia como sentido de continuidad y de permanencia creadora. Pongo énfasis al decir que nuestro empeño de olvidar y de improvisar ha sido La causa primordial de que el país no haya logrado la madurez que reclaman los pueblos para sentirse señores de sí mismos. ¿No nos quejamos diariamente de la falta de responsabilidad con que obran quienes asumen cargos directivos sin poseer la idoneidad requerida? Pues justamente ello proviene del desdén con que se miraron los valores antecedentes: sobre los cuales se construye el dinamismo defensivo de la tradición. No considero el Pesebre navideño ni el Enano de la Kalenda trujillano como factores de esencialidad para la construcción de un orden social: miro en su derrota como in derrota por el arbolito de Navidad y por el barbudo San Nicolás la expresión de un relajamiento de nuestro espíritu y el eco medroso de la conciencia bilingüe que pretende erigirse en signo de nuestro destino para ir contra el pasado, o para mirarlo solo al esfumino de una pasión romántica, algunos invocan sentencias cargadas de gravedad, que en otros pueblos han servido para condenar la pesada e infructuosa contemplación de un brillante pretérito. En España, por caso ¡Cuánto gritaron los hombres dirigentes contra la actitud de introversión de su cultura! Allí el problema fue otro. Había allá una superabundancia de historia que impedía en muchos por imperfecta deglución, tomarla como nutrimento de futuro. Nosotros, en cambio no hemos buscado en nosotros mismos los legítimos valores que pueden alimentar las ansias naturales de progreso. Cegados por varias novedades, nos hemos echado canales afuera en pos de falsos atributos de cultura, hasta llegar a creer más, pongamos por caso, en las «virtudes» del existencialismo que en la fuerza de nuestros propios valores culturales.

Se me imputa que, llevado por el aire del pesimismo, no presento caminos para la solución de la crisis de nuestro pueblo. Claro que si se buscan programas políticos como remedio, no apunto nada que pueda tomarse como una posible solución. Pero tras lo negativo de los hechos denunciados está lo afirmativo de la virtud contraria, y más allá de la censura de ciertas actitudes, cualquiera mira el campo recomendable. Con diagnosticar el elemento externo que provoca un estado patológico, ya el médico señala parte del régimen que llevará al paciente al recobramiento de la salud. Tampoco fue mi intención indicar caminos ni menos fingir una posición de taumaturgo frente a las dolencias del país. Modestamente me limité a apuntar lo que yo considero causas de nuestra crisis, sin aspirar a enunciarlas todas, y menos aún proponerles remedio. Tampoco me aventuro a considerar que estoy en lo cierto cuando expongo las conclusiones a que me conduce mi flaca reflexión. Sé que son otros los que, con autoridad de que carezco, pueden presentar las fórmulas reparadoras; mas, como me considero en el deber de participar en la obra de investigar los problemas de la República, resolví prender la escasa luz de mi vela para agregarme, en el sitio que me toca, a la numerosa procesión de quienes, ora a la grita, ora a la voz apagada, se dicen preocupados por la suerte del país. Ya no es sólo el derecho de hablar, que legítimamente me asiste como ciudadano, sino una obligación cívica que sobre mí pesa lo que empuja mi discurso. Siempre he creído necesario contemplar los problemas del país a través de otros ojos, y, en consecuencia, no me guió únicamente por lo que miran los míos. A los demás pido prestada su luz; y el juicio de mis ojos, así sea opaco ante los otros, lo expongo al examen de quienes se sientan animados de una común inquietud patriótica.

Llamo al vino, vino, y a la tierra, tierra, sin pesimismo ni desesperación; sin propósito tampoco de engañar a nadie, digo ingenuamente lo que creo que debo decir, sin mirar vecinas consecuencias ni escuchar el rumor de los temores. Ni busco afanoso los aplausos, ni rebullo legítimas responsabilidades. Bien sé que

los elogios no agregarán un ápice a mi escaso tamaño, ni las voces de la diatriba reducirán más mi medianía. Tampoco esquivo responsabilidades vistiendo vestidos postizos: menos, mucho menos, me empeño en hacer feria con los defectos de los demás. Aunque quedarán visibles en la plaza pública sólo los míos, yo desearía servir a una cruzada nacional que se encaminase a disimular, para mayor prestigio de la patria común, los posibles errores de mis vecinos, que miro también por míos en el orden de la solidaria fraternidad de la República. Entonces podrá hablarse de concordia y reconciliación cuando los venezolanos, sintiendo por suyos los méritos de los otros venezolanos, consagren a la exaltación de sus valores la energía que dedican a la mutua destrucción, y cuando, sintiendo también por suyos los yerros del vecino, se adelanten, no a pregonarlos complacidos, sino a colaborar modestamente en la condigna enmienda.

Caracas, 15 de septiembre de 1951

M.B.I

MENSAJE
SIN DESTINO



Arturo Usler Pietri, después de haber profesado brillantemente cátedra de Literatura Hispano-americana, durante casi cinco años, en Columbia University, ha regresado lleno de inquietud creadora a trabajar en el proceso cultural de nuestro país y, acaso animado del propósito de que se le vea ausente de la política, promovió una investigación pública acerca de una presunta crisis literaria en Venezuela. Algunos escritores ya se han adelantado a dar opinión sobre el caso. Yo he juzgado la oportunidad como propicia para responder una pregunta de más largo alcance, que diariamente nos formulamos quienes solemos reflexionar sobre las necesidades y los dolores de la República.

Esto de las «crisis» parece ser tema de permanente actualidad entre nosotros. Mi libro *El Caballo de Ledesma*, publicado en 1942 y que acaso Usler Pietri haya leído en alguna de sus ediciones, está dedicado al tema de nuestra crisis, y de manera particular a lo que pudiera llamarse «quiebra de la cultura».

El presidente López Contreras, en 1937, habló en forma más lata de una supuesta «crisis de hombres». Esto alarmó a muchos, en especial a ciertos políticos que se tenían a sí mismos como candidatos para los cargos de comando. En aquel tiempo me permití argüir al ilustre expresidente que la crisis, más que de capacidades en sí, era de sentido de responsabilidad en los funcionarios públicos, muchos de ellos abogados, por falta de examen de sus propios recursos, al ejercicio de funciones en las cuales no les era posible dar rendimiento alguno. Esta crisis sigue vigente, sin que haya visos de que pueda remediarse.

La crisis literaria cuya investigación ha promovido Uslar Pietri, existe de manera visible y audible, pero ella, aunque pudiera explicarse fácilmente, tanto por deficiencia de recursos, como por la falta general de ligámenes entre el escritor y el ambiente nacional, no es sino el aspecto más pequeño, quizá, de un fenómeno general en Venezuela, desgraciadamente, hay, sobre todas las crisis, una crisis de pueblo¹.

Esta tentativa de ensayo resultará a la postre, por lo que empiezo a ver, un pesado caso de tautología. ¡Cuántas veces tendré necesidad de escribir la palabra y de exponer el concepto de crisis!

Al asentar que padecemos una «crisis de pueblo», no me refiero al pueblo en ninguno de sus valores corrientes de conjunto étnico, de sector social o económico, o de unidad o modo de ser político. Para el caso, más que el «pueblo político» (en sí bastante informe), nos interesa el pueblo en función histórica. Y justamente no somos «pueblo» en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica.

Creo haber escrito en alguna oportunidad que Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo antihistórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan, por aquella razón, adulterar el genio nacional.

En más de un libro y una revista extranjeros he leído elogios entusiastas para la obra de nuestros historiadores de ayer y hoy. Yo, así figure en el catálogo de quienes escriben historia en este país

y por más que sienta el orgullo de la atribución, no estoy del todo conforme con tal entusiasmo. Ciertamente que en el pasado y en el presente se han escrito muchos libros valiosos de historia –modelos entre ellos las historias de Baralt y Díaz y de Gil Fortoul–; cierto también que los gobiernos, lo mismo el del General Juan Vicente Gómez como el de Rómulo Betancourt, se han preocupado por el problema de la divulgación de nuestros fastos. Más, en la mayoría de los trabajos de historia nacional se ha dado, con marcadas excepciones, notoria preferencia a una historia de tipo litúrgico y de criterio «calvinista», con cuyo rígido esplendor se ha creído compensar nuestras carencias sociales de pueblo.

José Rafael Pocaterra, mostrando mayor sentido histórico que muchos profesionales de la historia, ha escrito con tinsa precisión: «Hubo una época y una literatura histórica que asignaron mentalmente el alto comando de las libertades a una clase que venía del privilegio y vivía para el privilegio. Los que hemos estudiado en el libro vivo esa historia no escrita, creemos que aún falta por escribirse, no los anales de los patricios ni de los guerreros, no la época de los jefes insignes y de los subalternos que corrían como perros cerca de las botas de los jefes; sino la historia de los hombres». Esta circunstancia quizá sea una de las causas más pronunciadas de que nuestro pueblo carezca de densidad histórica. Como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo. Le han enseñado sólo a verse como masa informe que sirve de causa disciplinada y sufrida a los milites que hicieron a caballo las grandes jornadas de la guerra. La historia bélica, que hasta hoy ha tenido preferencia en la didaxia, ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa. Porque nuestra historia no ha sido los anales de los grupos que formaron las sucesivas generaciones, sino la historia luminosa o falsamente iluminada, de cabecillas que guiaron las masas aguerridas, ora para la libertad, ora para el despotismo. Ha faltado el ensayo que presente la obra del pueblo civil como factor

de hechos constructivos, del mismo modo como, para interpretar el valor conjugante de la nacionalidad, han faltado las historias parciales de las varias regiones que se juntaron para formar la unidad de la Patria.

Quizás la manera de juzgar los hechos históricos y la ausencia de una metodología que conduzca a un cabal y lógico examen del pasado, capaz de dar contrapeso a la peligrosa avenida de trabajos de índole histórica, producidos en razón de «tener la Historia sus puertas abiertas al gran público», según anota Huizinga, ha contribuido poderosamente a que nuestra colectividad no haya podido asimilar uniformemente, para una función de fisonomía y de carácter, los tesoros poderosos del tiempo y crear la conciencia histórica requerida como elemento de nacionalidad.

Estoy perfectamente de acuerdo con quienes ayer censuraron una medida, en apariencia útil y patriótica, tomada por las autoridades para evitar la circulación de cierta literatura argentina denigrativa del Libertador. Tal prohibición, en realidad, da la impresión de que nosotros estuviésemos imponiendo en asuntos de historia una doctrina «oficial», que no se pudiera discutir. Es decir, con dicha medida asumimos una actitud semejante a la de la «policía histórica» que ejerce Juan Domingo Perón. En cambio, a estas alturas de tiempo, ya debiéramos haber adoptado, espontánea y uniformemente, un «canon» histórico, no de creación oficial o policiaca, sino formado, repito, sobre estructuras ideales, arrancadas, a través de un proceso sedimentario de generaciones, del fondo de nuestros anales. Contra ese «canon» popular, nacional, al cual correspondería, como es lógico, una sensibilidad defensiva, chocaría todo propósito forastero de desfigurar personajes y sucesos de nuestra historia. Como cuerpo provisto de robustas defensas naturales, el organismo social repudiaría por sí solo cualesquiera consejos que se opusieran a «su» verdad histórica, sin necesidad de que se recurra, como fatalmente hubo de recurrirse en el caso citado, a drásticas drogas de gendarmería. Insisto en

decir que ya debiéramos poseer un grupo vigoroso y uniforme de valores históricos, logrados como fruto de una comprensión integral –de sentido colectivo– de nuestro pasado nacional. A cambio de ellos, hemos aceptado pasivamente una serie de premisas de tipo sociológico-político, aparentemente fundamentadas en una filosofía pesimista, erigida sobre una supuesta insuficiencia vocacional del venezolano para ejercicios de repúblicas.

Lamentablemente andamos lejos de gozar la recia posición constructiva que nos ponga en posesión de aquellos instrumentos de educación cívica. Se rinde «culto» a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo. Nuestra misma devoción oficial por el Libertador podría decirse que fuera una prolongación de las fiestas de San Simón, preparadas para agasajar en vida no sólo al héroe magnífico de la libertad, pero también al poderoso dispensador de favores, o una repetición sin sentido de los funerales de 1831. Poco hemos hecho, en cambio, para formar una teoría ejemplar de lo boliviano; como consecuencia de ello el admirable ensayo por medio del cual Santiago Key Ayala nos presenta la vida estimulante de un Bolívar sin fulgores de arcángel, no ha entrado de lleno en la didaxia de lo bolivariano. También nos valemos del Libertador para cubrir con los resplandores de su gloria lo opaco y menguado de nuestra realidad cívica. Y como es Padre de todos, cualquiera se cree con derecho de interpretar sus pensamientos, y aun de ponerlos al servicio de intereses foráneos.

La mayoría de nuestros compatriotas cuando exalta el pensamiento vulcánico del padre de la Patria, sólo mira la oportunidad parcial de las circunstancias políticas. En Colombia, por ejemplo, como en Ecuador y Venezuela, los conservadores glorifican, *pro domo sua*, al Bolívar de la dictadura, mientras los liberales lo motejan de tiranía, sin reflexionar ambos en que aquella etapa del ciclo bolivariano fue apenas una fase del multiforme y dialéctico obrar del héroe². En la disputa sobre el tema de la conferencia de

Guayaquil, la mayoría se detiene en el valor del ofrecimiento o de la negativa de unas divisiones auxiliares, sin insistir lo suficiente acerca de que se hubiera fijado, con el retiro de San Martín, el destino republicano de nuestro mundo indohispánico, expuesto a las veleidades monárquicas del Protector, con tan buen abono en la conciencia realista de los peruanos, que hasta hoy se quejan de Bolívar, por haberlos convertido a la república democrática.

No desdigo de que ciertos hechos de la vida de Bolívar se eleven a la luminosidad del mito: el pelotazo al birrete del futuro Fernando VII, el juramento en el Monte Sacro, el delirio en el Chimborazo, el salto sobre el Tequendama, así estén en tela de juicio, dan contornos de eficacia creadora a la figura del padre inmortal. Sobre ello se escribirá siempre con provecho para entender la singular voluntad del grande hombre. ¡Cuánto habría lucrado la república con que se hubiera hecho consigna de trabajo la frase que Bolívar lanzó contra José Domingo Díaz en medio de las ruinas del terremoto de 1812!; «¡Vencer a la naturaleza!» ¡Jamás un forjador de pueblos les dio un mandamiento de mayor alcance! Moisés pasó a pie enjuto el Mar Rojo porque tenía de su parte los ejércitos de Jehová. Bolívar prometió vencer desde una actitud humana la oposición del universo a sus sueños de libertad. Si los venezolanos hubiéramos tomado como lema de acción la consigna de Bolívar, otro habría sido el destino de nuestro pueblo.

Puede decirse que hemos tratado la historia de fuera con preferencia a las «razones» y a los «sentimientos» que movieron a hombres y a hechos. Hemos visto más a la liturgia de las efemérides que al permanente valor funcional de la historia como categoría creadora de actos nuevos. Hemos dado prioridad a la parte teatral de las circunstancias sobre los propios fines y resultados de éstas. A Miranda, a Bolívar, a Sucre, a Páez, a Vargas consagramos toda nuestra devoción cuando acaecen los ciclos cronológicos de sus vidas. Después de haber exaltado hasta la hipérbole histórica el mérito de sus existencias magníficas, seguimos la vida cotidiana como si ninguno de los grandes pensamientos de ellos valiera la pena de ser tomado por empresa para lo común de nuestro quehacer de ciudadanos. A modo tan frívolo de entender el pasado, se suma un hecho fundamental, de raíces profundas, que ha llevado a la misma segmentación de nuestra historia y a la creación, en consecuencia, de zonas antagónicas e irreductibles en nuestros propios anales.

Confundiendo tradición con involución, muchos han querido ir, en aras del progreso, contra los valores antiguos. Primero de estos casos lo constituye cierta manera, hasta ayer muy a la moda, de enjuiciar nuestro pasado de colonia española. Se trata de un criterio retardado, en el cual sobreviven el odio contra España que provocó la guerra de emancipación y el espíritu de crítica de la generación heroica hacia los propios valores que conformaron su vida intelectual. Lejos de que se puedan tomar al pie de la letra las opiniones de Sanz, de Bello y de Vargas como condenación absoluta de la cultura colonial, debieran verse como expresión de

un espíritu de progreso, semejante al que hoy nos anima cuando censuramos las deficiencias de nuestra educación. Sin tal crítica, así ella sea dura e injusta, no habría progreso en ninguno de los órdenes sociales. ¡Desgraciado el joven que se limite a alabar servilmente las ideas y las formas que le legaron sus inmediatos antecesores!

El odio que fue necesario de exaltar como máquina de guerra durante la lucha ciclópea librada por nuestros padres contra la metrópoli peninsular, subsistió en la conciencia nacional, por prenda de «patriotismo» durante mucho tiempo después de compuestas las paces entre la antigua Corte y la flamante República. Olvidados ciertos críticos de que el venezolano, más que continuación del aborígen, es pueblo de trasplante y de confluencia, cuyas raíces fundamentales se hunden en el suelo histórico de España, creyeron que ganada la independencia política, habían sido echadas del territorio patrio unas autoridades desvinculadas históricamente de lo nacional nuestro, y consideraron, por lo tanto, de genuina calidad patriótica anchar hasta los propios orígenes de la colectividad, el menosprecio indiscriminado contra todas las formas y valores antiguos.

Sin embargo, hubo quienes comprendieron, cuando aún se escuchaban voces dispersas que pregonaban los caducos derechos de Fernando VII cómo para la recta comprensión de la República, era preciso remontar el tiempo para llegar hasta los prístinos momentos de la venida a nuestras tierras de los primeros pobladores españoles: y así vemos en 1824 a Domingo Navas Espínola, liberal de los de Tomás Lander, dado a reimprimir en Caracas la clásica *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, debida a la pluma maestra de José de Oviedo y Baños.

Fenómeno no sólo venezolano sino americano, aquella posición ha servido, con lucro para fuerzas extrañas, como elemento desfigurativo de la historia general del continente indohispano. Silvio Zavala, campeón en México de la corriente contraria, me

manifestaba en 1946 que había sido más fácil en Venezuela que en su país abrir el proceso de revaluación del período hispánico de nuestra historia, y eso que allá hombres de la calidad de Justo Sierra jamás negaron los valores coloniales.

La diatriba sin examen contra lo formativo español y el repudio de nuestros tres siglos de colonia, han intentado descabezar la historia nacional. César Zumeta, egregio exponente del pensamiento venezolano, acuñó, en momento de acritud polémica, una frase que sintetiza el error de la escuela formada sobre tal diatriba y sobre tal repudio. En su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia dijo que «entre la República y la Colonia existe un hiato semejante al que separa el Antiguo del Nuevo Testamento».

En cambio, cómo volvemos los ojos hacia la realidad colonial cuando intentamos pruebas del despojo de gran parte de nuestra Guayana, perpetrado por el imperialismo inglés, durante nuestro siglo XIX republicano. De allá sí nos vienen entonces, junto con nuestra historia, los títulos de soberanía sobre un territorio conquistado por los hombres que generaron nuestra estirpe de pueblo. Los partidarios de la «pausa» histórica debieran meditar acerca de que la integridad territorial es consecuencia de un proceso de comunidad que deriva del tiempo sus mejores argumentos de conservación y de resistencia.

El *hiato*, para admitirse en función histórica, necesitaría presentarse acompañado de un cataclismo geológico o de un asesinato integral, que hubiese borrado del suelo nacional todo elemento humano de continuidad. En historia, lejos de existir acontecimientos que pudieran catalogarse como pasmos o silencios en el devenir social, existen metástasis que explican la presencia de procesos que sufrieron retardo en su evolución natural. En historia no hay cesura. Su ley es la continuidad.

Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años,

que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si para esos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, decaída y ascenso, que determinan los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración, Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos tribales que no llegaron a obtener la densidad social requerida para el ascenso a nación. Pequeñas Venezuelas que explicarían nuestra tremenda crisis de pueblo. Sobre esta crisis se justifican todas las demás, y se explica la mentalidad anárquica que a través de todos los gobiernos ha dado una característica de prueba y de novedad al progreso de la nación. Por ello a diario nos dolemos de ver cómo el país no ha podido realizar nada continuo. En los distintos órdenes del progreso no hemos hecho sino sustituir un fracaso por otro fracaso, para lograr, como balance, la certidumbre dolorosa de que nuestra educación, nuestra agricultura, nuestra vitalidad, nuestra riqueza misma, viven una permanente crisis de inseguridad y de desorientación.

Buscar las raíces históricas de la comunidad es tanto como contribuir al vigor de los valores que pueden conjugar el destino y el sentido nacional. Buen ejemplo de lo que valen como elementos de integración los símbolos antiguos, lo proporciona el famoso film soviético *Iván el Terrible*, que estuvo en nuestras salas de cine hace dos años y que ha reaparecido en los días que cursan.

Stalin, teórico excelente de la nacionalidad, asienta en su ensayo *El Marxismo y el problema nacional*, que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres, formada *históricamente*, que posee territorio, economía, idioma y psicología que le dan unidad. Por donde, en sus planes para el robustecimiento de la unidad del pueblo ruso, entra este sistema, romántico y sentimental, de evocar lo antiguo como medio idóneo de crear vivencias psicológicas que sirvan de pilares para el imperio soviético. Y esta lección nos viene nada menos que del país donde la revolución ha tenido su solar y su fragua más característicos, como para callar a quien pretenda motejar de retrógrados a los que exaltamos el valor de lo tradicional.

Nosotros, empero, que apenas apreciamos como colectividad en formación, cuando el nieto de Iván III ya daba forma al futuro y grande imperio zarista, nos empeñamos por romper a cada paso y con el más fútil razonamiento, la continuidad de nuestro pasado nacional. A más del pretenso *hiato* existente entre la época colonial y el período independiente, hemos intentado, según arriba ya apunté, hacer de nuestra historia de ayer y de nuestra historia de hoy una serie de parcelas aisladas, semiautónomas y desprovistas,

en consecuencia, de un centro de gravedad que les dé consistencia para resistir el oleaje de la historia universal. En una Venezuela que arranca del esfuerzo constante –errado o feliz– de diversas generaciones, se ha querido ver porciones diferenciadas por los signos momentáneos de una política o de una moda de circunstancias. Lo que los historiadores y los políticos de ayer y de hoy intentaron o intentan presentar como cesuras derivadas de valores acomodaticios, no pasa de ser obra ligera e interesada, las más de las veces con finalidades demagógicas.

Traer al plano presente los valores antiguos para extraerles su contenido de futuro, no es negarnos a cumplir nuestro destino de la hora. Cuando Luis López Méndez, refiriéndose a los Padres de la Independencia, exclamó: «Aquellos hombres hicieron su obra, hagamos nosotros la nuestra», no repudió el pasado como fuerza constructiva, sino el infecundo conformismo de quienes creyeron que ya todo estaba hecho por los antepasados. Él sabía que nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a mirar con tímido respeto la gloria que pasó. Sabía él, además, que debe mantenerse intacto el «hilo de oro» que une las generaciones, a fin de hacer posible la superación constante de aquella gloria.

Del éxito y del fracaso antiguos, de la hora grávida de las conquistas cívicas y del momento menguado del retroceso tumultuario, de la crisis de los sistemas y del florecimiento de los grandes esfuerzos constructivos, de la alegría de la plenitud y del dolor de la exhaustez, se ha venido tejiendo la misma e indivisible tela de la nacionalidad. En ella caben, como elementos que interesa examinar para la explicación de nuestra historia, el gesto de Vargas ante la insolencia de Carujo y la actitud ambigua de Monagas frente al Congreso, la mentalidad progresista de Guzmán Blanco y la curva hacia el nuevo caudillismo que reabrió el «legalismo» de Joaquín Crespo, momentos todos de una misma conciencia multánime, que expresa la agonía de un pueblo en busca de caminos.

Los cortos espacios que marca un régimen o un sistema político, no cuentan para deshacer la continuidad histórica de una

nación. Por lo contrario, ésta es más en sí misma cuanto menos se abulten, por medio de sistemas artificiales, los *modos de ser* provocados por el tiempo y por las diferenciaciones que promueve el movimiento de la cultura. Y tanto más válidos y duraderos serán los frutos de este progreso, cuanto más firme sea la estructura de la tradición donde se fundamenten las instituciones creadas por el genio popular, producto a la vez de la sedimentación histórica de los valores espirituales que producen las generaciones.

Como pródiga tierra que alimenta la raigambre de los árboles, la tradición es savia que sirve de nutrimento a la existencia de las naciones. De la vida antigua arranca la obra del progreso nuevo. Del ejemplo, pleno o deficiente, de ayer, viene la lección fructífera para la hora presente. Por la tradición hablan los muertos que no quieren morir, los muertos que aún mandan. Porque si es cierto, según apunta Bright, que no se entra a las asambleas políticas invocando el mérito de los antepasados, sino el prestigio actual labrado por nosotros mismos en función de individuos, en el orden y los imperativos sociológicos, el mandato de los muertos tiene vigencia irrevocable.

Mas, no debe entenderse que la tradición sea una actitud estática y conformista, que convierta a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla, no crecerán para lo porvenir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden el perfeccionamiento del legado transmitido por los antecesores. Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso.

Desde decir de la época colonial para hacer más brillante la epopeya de la emancipación; desconocer los valores del caudillismo conservador para ameritar los avances del ciclo liberal; negar los

hechos positivos de la dictadura andina (integración demográfica de la nacionalidad, pago de la deuda exterior, supresión del caudillismo cantonal, creación de la sanidad pública), para que más brillen las conquistas cívicas logradas después de la muerte de Gómez; achicar la Universidad antigua para sólo dar estimación a la Universidad de Ernst y Villavicencio, es manera inadecuada de interpretar y valorar nuestro pasado. Unos y otros períodos son signos de una misma existencia colectiva, influida por el curso del progreso universal. En la investigación y valorización de los hechos históricos, urge buscar no las circunstancias que parece que dividieran la trama de los sucesos, sino las razones que permitan ver los acontecimientos que al bulto se contradicen, como expresiones de la continuidad de la vida de los pueblos.

Pretender fabricarnos una historia a la medida de nuestras preferencias actuales, desdeñando, al efecto, los hechos y los personajes que contradicen nuestras inclinaciones ideológicas, es tanto como ir contra el propio sentido de la nacionalidad. Así como existe una comunidad solidaria en el presente, que obliga a deponer diferencias cuando se trata de la defensa de los intereses comunes, de igual modo, en el orden del pasado, existe una solidaridad moral que nos impone una actitud defensiva frente a lo que ataque los valores nacionales. Por eso, sin conciencia histórica no hay, como dije antes, sensibilidad para distinguir lo que atente contra los intereses colectivos.

Definir una tradición y velar por su constante progreso, es deber de colectividades que aspiran a robustecer su personalidad en los cuadros de la historia universal. Tradición en este caso es fisonomía, tono, genio, carácter que diferencia a los grupos y les da derecho a ser tomados en cuenta como unidades de cultura.

Cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y prosigue como símbolo en lo que tenga de positivo. Del Negro Primero no miramos el analfabetismo y la violencia vegetal: alabamos la expresión de su fe primitiva

en la libertad. A Jorge Bello nadie le examina su corriente valor humano, para presentarlo como símbolo de la dignidad de la patria, cuando defiende el pueblo de San Carlos del artero ataque alemán. Domingo Antonio Sifontes, desamparado por la justicia de los hombres, revive la raza de los libertadores, cuando apresa y castiga a las intrusas autoridades británicas que querían saciar la sed de expansión en nuestro territorio guayanés. No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el eco de las voces antiguas. La fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las palabras viejas. En Estados Unidos, donde el progreso se ha afincado sobre el suelo de una bien cultivada tradición, las consignas nuevas no han borrado el eco de los mensajes de los grandes constructores de la nacionalidad. No sólo en plazas y avenidas asumen marmórea permanencia Washington, Hamilton y Jefferson: ellos viven vida perenne en el discurso común del hombre americano. La cultura joven no se desdeña en aquel gran país de ceñirse a fórmulas antiguas y de contenido absoluto. Cuando en Columbia University se doctoran los nuevos sabios que bloquean la estructura del átomo, oyen los mismos cantos litúrgicos que fijó para la pompa académica la constitución universitaria colonial.

Por común denominador que sirva de signo conjugante al caos humano que se mueve en el continente norteamericano, han sido extraídos los valores de la historia que arranca de la aventura de Christoph Newport en 1607. No repugnan nuestros «buenos vecinos» del Norte las peripecias del coloniaje, más pobre y de menor empuje que las acciones de los aventureros españoles. En su historia no olvidan, ni toman de ello sonrojo, el arribo a Virginia por el año de 1619, de un «barco procedente de Inglaterra con noventa muchachas casaderas, quienes fueron dadas por esposas a aquellos colonos que pagaron ciento veinte libras por su transporte». Es decir, el relato de los orígenes de una sociedad puritana que se fundaba sobre una trata de blancas, realizada del modo más honorable. Pero el norteamericano cree ganar fuerza para la elaboración de nuevos y eficaces valores, no sólo por medio de la asimilación de la historia forjada por los hombres que dieron comienzo a los establecimientos primitivos, sino también por la incorporación de los elementos de cultura de la vieja Inglaterra, de donde aquellos trajeron una razón y un modo histórico de vivir.

Nosotros, como secuela, según ya apunté, del odio feroz que promovieron las crueldades de Monteverde, Boves, Zuazola, Moxó y Morillo, hemos intentado borrar de nuestros anales la época en que nuestra colectividad fue parte del imperio español, para fijar los soportes de la nacionalidad en los hechos realizados por los grandes patriotas que abatieron la contumacia colonizadora de España. Como resultado de esta arbitraria fijación, nos hemos negado a buscar la razón de nosotros mismos y de nuestra propia lucha emancipadora en circunstancias y supuestos

producidos en nuestro subsuelo pre-republicano. Alejados de una lógica viva que persiga en nosotros mismos, es decir, en nuestro propio pasado nacional, la sustancia moral de nuestro ser social, hemos sufrido una ausencia de perfiles determinantes. Como corolario, no hemos llegado a la definición del «pueblo histórico» que se necesita para la fragua de la nacionalidad.

Cerrados a la comprensión de esta tesis, por demás cargada de venezolanidad, hemos buscado símbolos extraños para explicar la misma explosión de nuestro proceso emancipador, y hemos aceptado, a humos de amigos de la libertad, principios tan extraños como el que sostiene el cubano Fernando Ortiz, al proclamar que la guerra por nuestra liberación continental empezó en el canal de la Mancha, con la destrucción de la poderosa armada de Felipe II. Tanto como adelantarnos a negar los valores de nuestra colonia y entrar a la justificación de los piratas que destruyeron los asentos de nuestros antepasados españoles y detuvieron fatalmente la curva del progreso de nuestros pueblos.

Sólo a una mente obcecada por un menosprecio irredento hacia las formas de la política española, puede ocurrir la idea de justificar como beneficiosa para nuestro mundo indohispánico, la obra vengativa de Inglaterra y la labor asoladora de los piratas (se explica el caso de Fernando Ortiz por carecer él, individualmente, de la perspectiva histórica necesaria para juzgar el pasado colonial de su país: su sensibilidad está viva aún para alzarse contra las formas políticas que vivió su juventud). En cambio, nosotros ya gozamos de una perspectiva de tiempo que nos permite mirar con serenidad y sentido nacional hacia nuestro pasado hispánico.

Destruído, aniquilado y felizmente convertido en un mundo distinto, el antiguo imperio colonial de España subsiste como tema de odio, de menosprecio y de codicia para el sajón. Y cuando este odio extraño se une incautamente con el odio retardado de quienes consideran patriótico mantener la enemiga nacional contra el mundo de las formas coloniales, los nuestros hacen suyos

los elementos de los viejos enemigos de España y se cierran a la comprensión de nuestro pasado.

Se alaba la cultura de franceses e ingleses, y se echa a un lado el recuerdo de las barbaridades cometidas por los corsarios que aquéllos armaban para destruir las ciudades hispánicas del nuevo mundo. Para equilibrar los resultados de la conquista –desinterés y desprendimiento del español frente a la timidez y a la lentitud de otras potencias– ningunas más eficaces que las armas de los hombres sin ley que venían a quemar nuestros asientos y a robar los galeones que conducían a Sevilla el fruto del trabajo minero; era criminal que el indio y el negro trabajasen las minas a favor de España, pero no era criminal vender aquellos negros ni matar a quienes trasportaban el fruto de aquel trabajo. Bien estuvo que dicha moral tuviese defensores en la Corte de Londres, donde se honraban piratas y negreros. Pero que del lado español y a través de tres siglos de reposo para el raciocinio, haya historia nacional que adhiera a tal sistema ético, parece por demás descaminado. Aunque así parezca y pese a lo ilógico del caso, muchos han renegado su origen cultural y han maldecido la sangre española corrida por sus venas. Hechos todo oídos para recibir la leyenda del descrédito de España, hallaron en la propia autocrítica de sus hombres fuerza con que arrimarse a las tesis menospreciantes sostenidas por los otros. Olvidaron muchos que mientras Francia, Inglaterra y Holanda galardonaban a los asesinos y ladrones que destruían el imperio español, en el Consejo de Indias se escuchaban y atendían con profundo sentido humanístico las censuras contra el sistema de gobernar los reyes las provincias de América, formuladas por los juristas, los filósofos, los teólogos y aun por los mismos colonizadores españoles.

En la recia tela de su vida institucional labró España el pespunte de su crítica. Tuvo el valor, que es tuétano y esencia de su historia, para proclamar las faltas de sus hombres y tuvo también sentido para irles a la contraria. Pudo errar, pero no buscó

hipócritas argumentos puritanos para ocultar los desaciertos de sus capitanes. Pudieron sus hombres haber sido arbitrarios con los indios y haber desoído las pragmáticas que los obligaban a servirlos en las encomiendas. Esas críticas no figuran en la historia de la colonización inglesa en Norteamérica, por cuanto allá no hubo encomiendas, en razón de haber sido sacrificados los indígenas, con quienes, tampoco, el inglés buscó la convivencia. En cambio, los crímenes de los conquistadores españoles, palidecen ante las barbaridades cometidas entre sí, en Nueva Inglaterra, por los fanáticos pobladores que trasportaban al nuevo mundo los tintes shakesperianos de la historia inglesa. «Toda la Europa —escribe nuestro gran Vargas— se espantó de una intolerancia tan chocante, porque en ninguna parte se había visto ésta establecida como principio gubernativo de una manera tan formal y tan temible».

No dudo del sincero patriotismo de los que juzgan nuestro pasado español a la lumbre de un criterio opuesto al que otros y yo sustentamos y defendemos. Sólo he considerado desprovisto de humor eso de que se asiente que quienes hemos procurado hacer luz en el proceso hispánico de nuestro país, estamos promoviendo un regreso al antiguo sistema colonial. Sería creer demasiado en el poder de la evocación literaria.

Del mismo modo como no acepto la «leyenda negra» forjada a la sombra de la Torre de Londres, rechazo la «leyenda dorada» de quienes alaban de la colonización española hasta la esclavitud y la Inquisición³. Cuando he justificado en el tiempo la obra de nuestros mayores, es decir, la obra de los peninsulares que generaron nuestras estirpes y fijaron nuestros apellidos, he creído cumplir un deber moral con el mundo de donde vengo. Si mis primeros cuatro apellidos procedieran de Barbados o de Jamaica, tal vez estaría lamentando que mis presuntos abuelos no hubieran logrado el dominio de Tierra Firme. Y si doy mayor estimación a la parte hispánica de mis ancestros que al torrente sanguíneo que me viene de los indios colonizados y de los negros esclavizados, ello obedece a que, además de ser aquélla de importancia superior en el volumen, tiene, como propulsora de cultura, la categoría histórica de que los otros carecen. Como el mío, es el caso individual de la mayoría venezolana.

Jamás me ha movido la idea de servir a una desentonada hispanidad, que pudiera adulterar nuestra característica americana. El gran árbol hispánico lo considero idealmente dividido, en razón

de la estupenda aventura realizada por el pueblo español, no por la Corona de Castilla, durante el siglo XVI. Desde entonces hubo dos Españas: la de Indias y la peninsular. La primera, formada por las masas populares que pasaron a América, a revivir para el futuro el espíritu de la libertad antigua, abatida en Castilla por los reitres de Carlos I; la otra, condenada por largos años a sufrir la quiebra provocada por el fanatismo de los reyes y por la indolencia de los señores. Segundones e hidalgos arruinados guiaron la obra de las masas que vinieron a buscar aire para el espíritu y *cosa de comer* para el estómago, en nuestra América generosa. Buen ánimo supieron plasmar, para que al correr de tres siglos se produjera la mejor generación de hombres que ha visto nuestro mundo. Si he exaltado lo exaltable que hay en la obra de la colonia, lo he hecho por cuanto en esa colonia cubierta de tinieblas, estaba forcejante una Venezuela que labraba con reflexión y con pasión el instrumento de su libertad. Y como juzgo que la historia de una nación es tanto más vigorosa cuanto mayores sean los factores de cultura que ha venido sumando el pueblo al compás de los siglos, considero que nuestro país surgió a vida histórica cuando los españoles comenzaron la conquista. Sé que algunos se desdeñan de este origen, y prefieren una vida más corta, que parta, con la libertad, del 19 de abril de 1810. Esos, sobre negarse a sí mismos, niegan la fuerza de nuestro pasado, y para corregir su error debieran pensar que los historiadores ingleses, sabedores de lo que es un proceso de colonia, aceptan que «Breña surgió por primera vez a la luz de la historia y se incorporó al mundo civilizado con la ocupación romana». Los australianos, al asumir la soberanía dentro de la comunidad británica, tomaron como día nacional el aniversario de la llegada a la gran isla de los primeros inmigrantes ingleses, y no la fecha de fijación de la *Commonwealth*. Con ello expresaron un propósito de arrancar de las Islas Británicas el origen de su vida de cultura. Esa misma razón me lleva a buscar la raíz de la vida venezolana, no en la selva que habitó el aborigen americano ni en la jungla de donde fue traído el esclavo doliente, ambos conjugados

con el español dominador para producir nuestro vivaz y calumniado mestizaje; por lo contrario, he creído preferible deshacer la ruta de los navegantes españoles y ver como nuestra, en trance de antepresente, la historia que desde los celtíberos sin data azotó con la fecunda y constante marejada del *mare nostrum* –marco de la más alta cultura humana– los acantilados espirituales del vigoroso imperio que se echó con Colón a la aventura maravillosa de buscar un mundo nuevo⁴.

Para la formación de una conciencia nacional es necesario confiar más en el poder creador de las síntesis que en los frutos aislados y severos del análisis. Si bien necesitamos de éste, para hacer luz por medio del examen de los fenómenos sociales, de nada, en cambio, valdrían sus resultados, si luego de disociados los términos del problema, no se lograra la fuerza constructiva que explique los hechos y determine la causa de que convivan temas y sentimientos que al pronto parecieran contradecirse. Por tal razón, el crítico de historia, lo mismo que el sociólogo, debe poseer ventanas que le faciliten mirar a más de un rumbo, y tratar, sin repugnancia, como positivos, ciertos valores que parecieran contradecir el mismo progreso social, de igual modo como el fisiólogo estima ciertos tóxicos que contribuyen a la defensa del organismo. Precisa no olvidar que el mundo, como idea y como voluntad, jamás podrá representarse por medio de monumento de un solo estilo, sino como construcción dialéctica donde armonicen las contrarias expresiones del pensamiento y del querer humanos.

Quizá el sentido litúrgico e individualista que se quiso dar a nuestra historia, ha impedido que se fijen las grandes estructuras ideales en torno a las cuales pueda moverse espontánea y fecundamente el mundo de la pasión y de la reflexión venezolana. Sin que se logre esa fijación de valores –no como conclusiones estáticas respaldadas o impuestas por academias, sociedades patrióticas o cuerpos policiacos– sino como elaboración común de una *manera* de obrar y de pensar, jamás se dirá que está cuajada para su efectivo progreso nuestra nacionalidad moral, más urgida de

salvaguardias que la propia extensión geográfica confiada a la nominal custodia de los cañones.

Para que haya *país político* en su plenitud funcional, se necesita que, además del valor conformativo de la estructura de derecho público erigida sobre una área geográfica-económica, es decir, que además del Estado, exista una serie de formaciones morales, espirituales, que arranquen del suelo histórico e integren las normas que uniforman la vida de la colectividad. La existencia del *pueblo histórico*, que ha conformado el pensamiento y el carácter nacionales, por medio de la asimilación del patrimonio, creado y modificado a la vez por las generaciones, es de previa necesidad para que obre de manera fecunda el *país político*. Se requiere la posesión de un *piso interior*, donde descansan las líneas que dan fisonomía continua y resistencia de tiempo a los valores comunes de la nacionalidad, para que se desarrolle sin mayores riesgos la lucha provocada por los diferentes *modos* que promueven los idearios de los partidos políticos. Antes que ser monárquico o republicano, conservador o liberal, todo conjunto social debe ser pueblo en sí mismo.

La crisis de nuestros partidos históricos acaso derive de esta causa. Nuestra política anterior a 1936, había degenerado en política tribal. El viejo cacique que se *comprometía* a sostener a un jefe. Tan caprichosa fue la manera de verse la política, que cuando el General Juan Bautista Araujo, llamado el *León de Los Andes*, pactó con Guzmán Blanco, su partido, es decir, el antiguo partido oligarca que desde Trujillo dominaba a la Cordillera, se llamó *Partido liberal guzmancista araujista*. Un galimatías sobre el cual se han fundado en nuestro país todos los sistemas personales de gobierno que ha sufrido la República⁵.

Sin embargo, el problema de los partidos ha tomado carácter distinto a partir de la muerte del General Gómez, ya que el país quiere sistemas en lugar de hombres a quienes la fortuna o el azar convierta en dispensadores de honras y favores. Por superada se

ha visto la etapa en que los pronunciamientos militares se consideraron curados de su pecado *original por el éxito logrado en la conducción de los destinos públicos*. Filosofía hedonista, grata a los dictadores y a sus áulicos, sobre la cual estribaron nuestros viejos déspotas. Por eso ha habido partidos circunstanciales, para ganar elecciones, como las *Cívicas Bolivarianas*; los ha habido creados desde el propio poder, para dar continuidad ideológica a un sistema, de gobierno, como el Partido Democrático Venezolano; los ha habido como expresión de programas marxistas, como los Partidos Comunistas puros y como el Partido *Acción Democrática*; los ha habido como sistemática de principios liberales, como Unión Republicana Democrática, y los ha habido como encauzamiento de una ideología social-cristiana, como el partido *Copey*. Todos ellos han correspondido a un propósito de dar a la lucha política marco distinto al de los viejos métodos de mero personalismo, y al propósito de hacer racional el proceso electoral para la conquista del poder. El pueblo llegó a creer en ellos y se agrupó en sus filas. Fracaso *Acción Democrática*, cuando precipitadamente, con el apoyo militar, tomó los instrumentos del poder. Mas, a pesar de tal fracaso, existe la conciencia de que son necesarios los partidos como únicos medios para hacer efectiva la consulta popular de donde deriven las instituciones cívicas de la nación. Si están en crisis, como consecuencia del paréntesis *de facto* que atraviesa la República, ello se explica también en parte por nuestra crisis general de pueblo, rémora permanente para que no se haya desarrollado el sentido de la institucionalidad y de la responsabilidad sobre las cuales descansa la vida de los Estados.

Pese a que exista dicha crisis, ella no debe llegar hasta abolir toda fe en los valores populares y convertirnos en apóstatas de la república. De lo contrario, es preciso ir al pueblo y ayudarlo en la solución de sus problemas, de ellos esencial, en el orden de la política, el que se endereza al sincero, honesto, libre e igualitario ejercicio del voto. Antes que asimos a las tesis pesimistas de quienes niegan al pueblo las posibilidades de superar sus reatos,

hagamos nuestra la fe del insigne Vargas, cuando proclamó en la Sociedad Económica de Amigos del País, el año de 1833, la siguiente consigna: «Los pueblos todos tienen en sí el poder de elevarse a las más altas ideas, a las acciones más heroicas, al mayor esplendor, según la educación que reciban, las circunstancias en que se encuentren y las influencias bienhechoras de sus gobiernos y de sus leyes. Si el clima y los otros agentes físicos de la localidad modifican el desarrollo primitivo de su gobierno, de su carácter moral y de su legislación, sin embargo, esta influencia puede ser, y siempre ha sido, dominada y corregida por las instituciones y las leyes, quedando desde entonces como un matiz que acompaña a un pueblo en sus estados diversos de progreso, grandeza, decadencia, ruina».

Días atrás un amigo preocupado por los problemas del país, me envió un largo ensayo sobre temas indoamericanos y, en especial, acerca del momento que vive Venezuela; y como me instó a opinar en el caso, yo, glosando una grata conversación con Darío Echandía, por entonces ministro de Gobierno de Colombia, le respondí en los términos siguientes:

«Hubo una época bárbara en la historia de las naciones, durante la cual el poder de discernir a quienes tuviesen mayor destreza en descabezar hombres. La cultura marcó el tránsito a un estadio en que se adoptó como método de gobierno dar el poder a quienes pudieran contar mayor número de cabezas a su favor. Para ello era preciso consultar a los hombres, y surgió el sistema electoral, existente en la práctica mucho antes de que Rousseau formulase su famosa teoría del Contrato Social».

«En las monarquías absolutas, el Poder se concretaba en el rey por medio de una fórmula mágica, que estilizó el viejo concepto de los descabezamientos. Ciertos teólogos protestantes fueron

muy adictos a la teoría del *derecho divino* de los reyes, y olvidados del pueblo, hacían pasar de Dios al Rey, directamente, la función carismática del Poder. Santo Tomás de Aquino, por lo contrario, reconoció en el pueblo el intermediario entre la Omnipotencia y los agentes visibles del Poder. El jesuita Laínez, en el Concilio de Trento, sostuvo que «la fuente de todo poder reside en la comunidad, quien lo comunica a las autoridades». ¿Y cómo se comunica racionalmente este poder sin la consulta popular? Por ello yo creo en la procedencia del sistema electoral, a pesar de sus imperfecciones. Y aún en algo más: creo en el pueblo de Venezuela, de quien sus dirigentes han aprovechado, a todo lo largo de nuestra historia, la ignorancia y los demás defectos que sobre él pesan, sin que se hayan tomado en cuenta, para beneficiarlo, su natural inteligencia y buenos instintos. Tampoco he creído en las razones pesimistas que muchos invocan para justificar nuestra indisciplina social. Nos han faltado hombres honestos que aprovechen el poder para contribuir al mejoramiento de las masas».

«Respecto a la necesidad de las elecciones, y consiguientemente del juego de los partidos políticos, sólo cambiaré de criterio cuando se me presente otra teoría que explique mejor el origen y el fin racional de los poderes públicos. Mientras tanto seguiré, con Lincoln, en la creencia de que ellos deben emanar del pueblo y ejercerse por el pueblo, para beneficio del pueblo. Es decir, seguiré creyendo en la democracia liberal que forma, así hayan sido tantos nuestros reveses, el verdadero sustrato de nuestro pueblo».

De algunos sé que piensan diversamente. Afincan ellos sus ideas en premisas con antecedentes históricos. Supersticioso del derecho ajeno, respeto la honestidad que debe presumirse como numen de tales conclusiones, hijas, a mi juicio, de fáciles yerros en el proceso de disociar circunstancias tenidas como de rigor sociológico. Creo, en cambio, que la ausencia de partidos políticos ha ocasionado una de las más lamentables crisis en la vida de la nación. Fundados los gobiernos sobre compromisos personalistas

con *los jefes* de turno, ha ocurrido una dispersión de actividades, por el ascenso, violento e inconsulto, de los hombres al ejercicio de la función pública. Sin madurez para la crítica social, los beneficiados en el escogimiento han procurado *asegurarse*, no por el desarrollo de una labor en provecho de la nación o de la mística del partido, sino por medio de actos que mantengan en viva complacencia a los superiores. De aquí el incondicionalismo que ha sido una de las grandes *virtudes* para el medro en nuestra política. Y como lo que se ha tratado es de dar *colocación* a los amigos, se ha mirado el lucro del destino, sin ver lo que gane el Estado. De allí la falta de selección y del descaro con que se hace, pongamos por caso, de un modesto talabartero un empinado funcionario consular. Por ello carece la república de un elenco de funcionarios que se hayan preparado por medio de la fecunda continuidad del servicio. Cada régimen tiene sus *nuevos hombres*, que de llegar a aprender, no serán utilizados por la reacción que provocarán los siguientes beneficiarios del poder, y entonces sucederá que quien se ejercitó, digamos por caso, para servicios penitenciarios tenga que buscar colocación como tractorista. A fuerza de estrenar hombres, la República carece de figuras directas, pero posee una larga y dolorosa nómina de estadistas frustráneos y una infecunda categoría de ciudadanos «*toeros*» como los llamó Rafael Seijas⁶.

Bastante he repetido que la fisonomía popular deriva de la capacidad que tenga la comunidad para asimilar los varios valores fundidos en el disparejo troquel de la historia; algo distinto de conocer de memoria o de leída los anales antiguos. Asimilar el pasado es tanto como saberse parte de un proceso que viene de atrás, y proceder, en consecuencia, con el carácter y la *fisonomía* que han surgido como determinantes del grupo. No es, según algunos entienden, mirar fijamente como lechuzas hacia las tinieblas del tiempo y obrar *como hubieran obrado los viejos*. Asimilar la historia es constituirnos en canales anchos y firmes para que toda la fuerza antigua, más la nuestra, puedan tornarse fácilmente en futuro. Tanto como crear nuevos imponderables que den majestad a la nación. Sin la asimilación racional de la historia, el pueblo carecerá del tono que le asegure el derecho de ser visto como una nacionalidad integrada. Algo de magia o de religión reclamaron las colectividades antiguas para obtener relieve en la superficie del tiempo. Los caciques se creían con facultades para interpretar los signos. Los reyes dijeron haber recibido de la divinidad la fuerza que los convertía en dispensadores de la justicia. Hoy, según Erich Kahler, sólo queda la tradición como *religión profana* que sustituya la fuerza de aquellos poderes mágicos.

Nosotros, lejos de perseguir fórmulas que nos pongan en el dominio de las fuerzas tradicionales, intentamos destruir de raíz el estilo de vida de la comunidad, cada vez que el azar nos permite influir en el destino social o cultural de nuestro pueblo. Sin mirar los balances favorables y los signos positivos de las épocas anteriores, buscamos hacer la tabla rasa para empezar una nueva

construcción. Por ello, de cambio en cambio, de modificación en modificación, de sistema en sistema, de ensayo en ensayo, hemos llegado, en el afán de borrar el pasado, hasta frustrar nuestra genuina fisonomía nacional. La *revolución de octubre* de 1945, afanosa de componer *lo corrompido* anterior, habló hasta de una *segunda independencia*. Lo mismo habían hecho todos los movimientos precedentes cuando tomaron el gobierno. Si leemos los discursos inaugurales de los ejercitantes del poder, hallaremos que Venezuela ha nacido tantas veces como regímenes personalistas ha soportado. Nuestros gobernantes no han dicho como Luis XV: después de mí, *el diluvio*. Sin sentirse responsables de lo que siga como consecuencia histórica de sus actos, han visto al pasado para justificar su ascenso a los nuevos comandos, y entonces, en tono de augures y comparando el escaso puchero de ayer con el opulento banquete de hoy, han declarado: *antes de mí era el caos*. El discurso de Guzmán Blanco para celebrar en 1874 el aniversario del 27 de abril, pudo haberse pronunciado en cualquier conmemoración acciondemocratista del 18 de octubre. «Yo no me presentaría aquí a recibir las felicitaciones de mis conciudadanos, decía el Ilustre Americano, si no tuviera la conciencia de que he cumplido con mi deber y de que Venezuela unánime está satisfecha de los resultados de la Revolución que me tocó presidir. Este día debe conmemorarse como de los más gloriosos de la República, porque él ha asegurado la tranquilidad general, no por sólo los cuatro años pasados, sino por diez, por veinte, por cuarenta, y por la eternidad». Lo mismo que proclamaron Guzmán y Betancourt, lo sintieron o lo mintieron Gómez y Castro, Crespo y los Monagas. Cada uno se creyó a su turno el mago de Venezuela, y preocupados los magos y los brujos de cada comparsa en variar y mejorar a su modo el rostro de la patria, hemos terminado por sufrir una fatal ausencia de perfiles determinantes. Creo que cualquiera conviene conmigo en que sea ésta la peor de las crisis que sufre nuestro país.

José Martí, en su estilo amoroso, describió desde New York, por junio de 1885, uno de los más bellos episodios de tolerancia y comprensión que pueda ofrecer un pueblo civilizado. Se trataba de la fiesta celebrada para honrar a los soldados caídos en defensa de la vencida Confederación; es decir, con anuencia del gobierno federal, se festejaba la memoria de quienes sostuvieron la bandera de la Secesión. La bandera de la causa que intentó destruir la poderosa Unión norteamericana. Semejante la fiesta, con la diferencia de dimensión de los hechos, a la que hubiera podido celebrar durante el gobierno de Castro, en algún sitio de Venezuela, el General Manuel Antonio Matos, para honrar a los que cayeron heroicamente en la Revolución Libertadora.

«La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido», empieza por decir Martí; y luego pinta, para dar marco ponderativo a la nobleza de los homenajes, cómo fue de brava la lucha en que quedaron aniquiladas las fuerzas del Sur, para que sobre su ruina definitiva se alzase el vigoroso edificio de la Unión, y cómo hubo lágrimas de ternura para honrar a Jefferson Davis, anciano y terco jefe de la abatida Confederación.

La Guerra de Secesión fue para Estados Unidos algo tan duro como la propia Guerra de Independencia: basta recordar que la recuperación de los estados del Sur costó un enorme esfuerzo de doce años. Sin embargo, lograda la Unión, que era el propósito del Norte (antiesclavista, más por competencia de mano de obra

que por sentimientos de humanidad), se buscó crear nuevos valores que condujeran a mantener la continuidad del pueblo histórico. Y del mismo modo como el país se dispuso a levantar a las márgenes del Potomac el fastuoso monumento a Lincoln (único, tal vez, que luchó, no por servir a la industria del Norte, sino a la causa de la humanidad), también las autoridades vencedoras vieron con respeto los homenajes que los sudistas rendían a sus héroes caídos. Había allí la expresión creadora de un sentido de asimilación integral de la historia. No se miraba, para dibujar el cuadro nacional, a solo un concepto y a sola una tesis. A ésta se la obligaba al deber del reverso, y para la síntesis final –donde gravitan las estructuras morales– se daba cabida a los mejores argumentos de la contradicción. El efecto de esta confusión fecunda de valores, provoca el caso de que quienes no conozcan la historia de Estados Unidos, tomen la casa de Robert Lee, ubicada junto al cementerio heroico de Arlington, como la mansión de uno de los grandes forjadores de la Unión. «En otro país –comenta Martí– hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma».

Esta posición del norteamericano responde a una noción que arranca de su manera de ver el mundo en función de síntesis constructivas. Tolerar que los vencidos se unan para honrar a sus capitanes muertos, es mostrar respeto al pensamiento y al querer ajenos, querer y pensamientos que en último análisis no son tan ajenos como al pronto pareciera. Si admitimos la solidaridad de la comunidad, hemos de aceptar nuestra relativa participación en los triunfos y en los errores de nuestros compañeros de patria. Como personas podemos de ellos diferir; como individuos, a la par integrantes de una colectividad, somos parcialmente responsables de sus actos. También los derechos y las franquicias políticas nos son garantizados en proporción al grado de posibilidad de que los gocen los demás. Aunque lo olvidemos, la comunidad ejerce secretos imperativos.

Puede decirse que ésta es una manifestación clara del conllevar necesario para ascender a las grandes creaciones sociales. Nada

más lúgubre y pesado que la marcha de una comunidad totalitaria, donde no haya comprensión ni tolerancia para los valores contrarios y para las aspiraciones opuestas, y donde, por lo contrario, se imponga una fuerza que quiera la unanimidad del sufragio de las conciencias. Cristo mismo, según interpreta don Juan Manuel en viejo romance, «nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno por que tomasen la su ley, ça Él non quiere serviçio forçado, sinon el que, [se] faze de buen talante et de grado»*.

No huelga el repetirlo: para el juego armonioso y fecundo de las varias corrientes que coinciden en formar el fondo cultural de la comunidad, es de imperio que ésta comparta ciertos *cánones* que sirvan de sillería donde descansen los grandes y aún opuestos arcos que, sucesivamente, en función de progreso, van creando las generaciones. Sin un sistema de valores que guíe la reflexión y la pasión del pueblo en el proceso de realizar su destino, las iniciativas de los grupos pueden convertirse en factores anárquicos y disociadores, capaces de tornar la psiquis nacional en fragmentos discontinuos, donde pudieran proliferar los chovinismos regionales.

* Don Juan Manuel, *El libro de los estados* (siglo XIV), cap. XXX [N. del E.]

Creo con Luis López Méndez «que el nivel general de la inteligencia y aptitudes del pueblo venezolano es, por lo menos, igual que el de la inteligencia de los neocolombianos». Sin embargo, parece que hubiera en Colombia un mayor sentido de asimilación de la historia y que tuvieran nuestros vecinos mayor comprensión para crear valores nacionales.

La más elocuente lección al respecto me la dieron las numerosas estatuas y bustos que decoran parques, plazas y plazuelas de las distintas ciudades de Colombia. Para el colombiano, el muerto parece deshumanizarse, a fin de que se vea sólo en la ejemplaridad de sus grandes hechos. Los vicios y los defectos se van con él a la tumba, como expresión de lo corruptible que perece. A la historia interesa apenas el valor creador de las vidas. Pueden por ello estar pareados los difuntos, así sus actos de vivos se hubieran contradicho abiertamente. Y si el muerto no tuviese aún los contornos requeridos para su transformación en figura nacional, el homenaje que le rinden compensa en aplausos la falla del coturno.

Tomás Cipriano de Mosquera fue el caudillo de la gran revolución que en Rionegro hizo de Colombia un tablero movedido de autonomías. Rafael Núñez, liberal antiguo, desairado más tarde por aquél, fue el artífice, con Miguel Antonio Caro, de la Constitución que en 1886 redujo a Estado unitario la compleja y deshilvanada federación colombiana. Uno y otro, Mosquera y Núñez, solemnes en los respectivos vaciados de bronce, guardan las opuestas entradas del Capitolio de Bogotá. Uno y otro se ignoran en su nueva vida de inmortales. Podría decirse que se dan

la espalda. Pero ambos están de pies, sobre los severos pedestales donde se expresa el homenaje que les rinde la patria, en actitud de cuidar la integridad histórica de Colombia. Y como no es éste el único ejemplo de convivencia póstuma de los valores antiguos, en plazas y rincones vemos honradas las figuras más contradictorias: Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Julio Arboleda. Las futuras generaciones seguramente miren, en sitios tal vez vecinos, los bronce de Darío Echandía y de Laureano Gómez.

Como contraste venezolano a esta actitud comprensiva de los colombianos, –tanto más laudable cuanto en el sustrato social del país vecino se mueve una barbarie destructiva que supera la nuestra–, en Caracas no se ha podido honrar aún la vigorosa memoria de Guzmán Blanco, disímil y falto de lógica en muchos de sus actos, pero de balance favorable para los intereses del país. No se ha logrado ni trasladar sus cenizas al Panteón Nacional. Expatriado aún por los odios de la política, diríase que duerme su exilio en el Cementerio de Passy. Lejos de crear y completar símbolos, nosotros aplicamos la crítica negativa a nuestros hombres; y más nos place saber que un compatriota ha fracasado, que escuchar una palma para sus bien logrados éxitos. Nuestro egoísmo nos lleva a sentir como favorable a nuestra carrera pública, el descrédito de los venezolanos de ayer y de hoy. Nos cuesta honrar a los otros. Apenas cuando la política del momento influyó para el homenaje oportunista, fueron erigidas estatuas a Antonio Leocadio Guzmán, a Ezequiel Zamora y a Juan Crisóstomo Falcón. Los Monagas y Páez, con bronce en Caracas, son mirados, no por jefes de partidos, sino como Padres de la Independencia. Si la demagogia y el oportunismo han reclamado homenajes, se ha procedido, en cambio, a concederlos a toda prisa. Por eso Guzmán Blanco tuvo estatuas en vida y a Gómez se ofrecieron monumentos, destruidos por las turbas una vez muerto. A Leoncio Martínez le otorgó el llamado *partido del pueblo* honores ayer negados a Andrés Bello. En 1945 se opusieron los *maestros a festejar* como día suyo el

aniversario del grande humanista, al cual antepusieron, como preferible, la fecha reciente de instalación del gremio de profesionales de la enseñanza primaria y secundaria. A don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante de nuestra suprema magistratura independiente, se pensó en 1939 erigir una estatua en plaza caraqueña, como signo promisorio de la civilidad que dio forma a la primera república, y tal propósito chocó contra intereses de tipo cantonalista, que cobraban a Mendoza su oriundez serrana⁷.

Aún los más distinguidos guerreros y hombres civiles de nuestra vida republicana no han sido vistos en función nacional sino en trance de servidores de un gobierno partidista. Soublette y Gual, figuras austeras de la época heroica, sufren la ubicación parcelaria que derivan del papel jugado en la política del partido. Si hay pereza para la justicia mayor abandono y responsabilidad se abultan cuando se piensa que aquella no es acto aislado para satisfacer meros compromisos. Honrar a los hombres que, por medio de la consumación de actos nobles y creadores o por la aportación de ideas que sirvieron al progreso moral o material del país, forjaron nuestra historia, es mantener en vigencia, para la continuidad de la acción, el mérito de las obras y la amplitud de los pensamientos ductores. Es sumar símbolos al patrimonio moral de la nacionalidad.

Aún más, el respeto popular de Colombia hacia sus grandes hombres vivos, contrasta también con la delictuosa indiferencia que el hombre venezolano tiene para sus máximas figuras representativas. En Bogotá, aun limpiabotas y pacotilleros ignorantes se inclinan orgullosos al paso del Maestro Sanín Cano; valiosos liberales saludan con respeto a Laureano Gómez, y furibundos chulavitas se descubren ante Eduardo Santos; en Caracas, recientemente, la insolencia de un chófer de plaza provocó que un idiota agente de la seguridad pública condujese al Cuartel de Policía, entre palabras soeces, al Maestro Key Ayala. La humanidad física y la dimensión de los méritos de Francisco José Duarte son

desconocidos por más del noventa y nueve por ciento de los caraqueños con quienes a diario tropieza el sabio matemático. Esta crisis es más de estudiarse y de ponerle remedio que la crisis literaria que inquieta a nuestro ilustre Uslar Pietri. Acaso aquélla ayude a explicar la otra, si pensamos que al pueblo no se le ha enseñado a estimar el valor de los hombres que velan por su cultura y labran su tradición intelectual. De lo contrario, aquellos sectores clamantes porque se les muestren signos orientadores, ven con sorpresa cómo los hombres llamados a proponer caminos de altura, se destrozan entre sí, en alarde enfermizo de exhibir vicios y defectos como el solo sustantivo válido de la suciedad. Diríase que nuestro público padeciera de sarcofagia moral, y que, para saciarla, los escritores le ofrecieran cadáveres por alimento literario.

Todo ello sucede en razón de no haber alcanzado la conciencia venezolana las estructuras ideales que le permitan una síntesis capaz de servir a manera de tabla de valores para fijar meta a las acciones del pueblo, a causa de ello dispersas y de menguado fruto. No ha asimilado el país el pro y el contra de los acontecimientos, felices o funestos, que realizaron los hombres antiguos, y por tal razón, carece de elementos críticos para sus juicios presentes. En verdad, la historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura y el pueblo vive aún en la linde mágica de la liturgia de efemérides.

En nuestra vida de pueblo tal vez se haya opuesto a la adopción de una actitud que facilite el proceso de disociar circunstancias, para ir a una síntesis de cultura, el mismo espíritu anárquico que se abultó en nuestro medio, como consecuencia de la conquista (y de su mal aprovechamiento a la vez), de una temprana y generosa conciencia igualitaria.

En ninguna parte del Nuevo Mundo influyeron tanto como en Venezuela los factores externos para modificar al poblador venido de ultramar. Trescientos años de residencia americana fueron suficientes para que el hombre nuevo de extracción hispánica y el propio peninsular postreramente llegado, adquiriese una visión más universalista de la vida y sintieran, como resultado de los cruces sanguíneos, la justeza de los ideales igualitarios.

La mayor repercusión que tuvieron entre nosotros los sucesos de la Francia revolucionaria –no sólo llegados en mensajes teóricos a los hombres ilustrados, sino también hasta las clases bajas, en recados procedentes de los negros de La Española– sirvió para dar nueva expansión de realidad a la conciencia igualitaria que en nuestra pobre colonia había venido quebrantando algunos privilegios de los mantuanos. (En la ciudad de Trujillo, por ejemplo, se dio el caso, a fines del siglo XVIII, de dejar de hacerse en la parroquia la procesión del Santísimo Sacramento, por no atreverse a negar el cura las varas del palio a cierta gente de *señalada influencia*, cuyas partidas bautismales estaban inscritas en el libro destinado a *esclavos y gente común*).

La vocación igualitaria del criollo creció en razón del nivel doloroso y fraternal creado por la guerra a muerte, la cual, junto con la devastadora guerra federal, forjó la democracia social que caracteriza a nuestro país.

Sin embargo, el goce de la igualdad no ha correspondido entre nosotros a sus verdaderos conceptos y alcances. Olvidando muchos que la igualdad se limita a garantizar el derecho de identidad en las oportunidades, se la ha tomado como «facultad para hacer todo lo que puede el vecino», sin parar para ello mientes en que las más de las veces ese todo está relacionado con una legítima categoría de cultura. Considerados por sí y ante sí los individuos como fuerzas capaces de guiarse a sí mismos sin oír consejos mayores, se ha producido el estado de autosuficiencia que hace de cada venezolano un candidato capaz de repetir, al recibir una elección para cualquier cosa, discurso semejante al del tonelero de Nuremberg. Y junto con esa autosuficiencia presuntuosa, la anarquía deplorable que, oponiéndose al fecundo trabajo de equipo, provoca esa especie de desagregación de la mente colectiva, de donde han surgido las formas desequilibradas que dieron oportunidad a la intervención del *gendarme* como garantía transitoria de orden.

La caprichosa estimativa de la igualdad ha promovido, también la crisis de jerarquía y la crisis de responsabilidad que tanto han contribuido al desajuste de nuestro proceso social. Lo que un diplomático extranjero captó en 1911 para decir que «en Venezuela nadie está en su puesto», ha llegado tener expresiones jamás previstas. Entre nosotros cualquiera, en razón de la ausencia de categorías, sirve y se presta para todo. La lógica de la historia, madre de valores, ha sido sustituida por la magia de las corazonadas y por la suficiencia que miente la audacia unida al conformismo momentáneo. Justamente un país como el nuestro, producto de una colonización popular como la española, debió haber formado una *minoría egregia*, que, de acuerdo con el concepto de Ortega

y Gasset, contribuyese a que fuésemos *una nación suficientemente normal*. La formación de esa *minoría egregia* no ha logrado posibilidad ni en nuestra Universidad, mero centro de instrucción y de técnica, donde poco se han mirado los verdaderos problemas de la cultura. Y cuando se ha intentado crear y mantener esa minoría rectora, ha sido sobre falsos supuestos económicos, que sirvieron y continúan sirviendo de temas para empujar el huracán de las revoluciones. El mismo Bolívar, expresión suprema de la justicia que empieza por la propia casa, pese a haber dado el ejemplo con el sacrificio de lo suyo, hubo de tropezar en el Rosario de Cúcuta contra la contumacia de quienes, para asegurar el disfrute de la riqueza, se opusieron a la libertad de los esclavos. Los señores del privilegio, sin reflexionar en que *no hay derecho contra el derecho*, asentaron que libertar a la esclavitud sin resarcir a los dueños, era un despojo que no podían legitimar las leyes. Se liberaron, como transacción con el futuro, simplemente los vientres, y prosiguió la injusticia hasta promediado el siglo XIX, para sumar sus voces a nuevos reclamos de los indefensos contra los señores del privilegio. En el propio caos de la guerra federal, se escuchaba, torcida por las pasiones, la voz de los derechos vulnerados por la caprichosa *minoría* que gobernaba la tierra y el dinero.

Y ¿por qué no decir que la falsa estimativa de la igualdad, así ésta y la libertad se contradigan en algunos aspectos sociales, ha incitado la curiosa crisis que pareciera explicar el concepto erradizo de que sea posible hacer todo aquello para lo cual no hay inmediata vigilancia o condigno castigo policiaco, aunque la carencia de sanciones provenga de falta de responsabilidad de las mismas autoridades? ¿En el mundo de la imprenta, pongamos por caso, no se ha llegado a confundir la libertad de pensamiento con la libertad de la injuria y de la procacidad? ¿No hemos visto, acaso, defendida la tesis de que las autoridades judiciales que oyen querellas contra los responsables de delitos de imprenta *atentan* contra la libertad de expresión?⁸

Filósofos y políticos tomaron ayer por bandera de lucha ganar garantías para que el pensamiento se expresase sin trabas de orden religioso, político o filosófico. Tal es el origen de los derechos reconocidos por las constituciones democráticas del mundo al pensamiento escrito. En Venezuela, mientras se regatea el ejercicio de dicha garantía, se concede impunidad a las publicaciones que ejercen la industria de la noticia amarilla y que fomentan la vulgaridad y la insolencia disolvente. Porque jamás podrá considerarse como ejercicio de la libertad de pensamiento describir en las planas de los diarios los más aberrantes y asquerosos delitos, ni pintar, con enfermiza pasión, los pormenores más horribles de los crímenes. Olvidan quienes así proceden que la libertad reclama método y disciplina para ser fecunda y que la democracia impone normas para el digno juego de los derechos sociales.

La anarquía indisciplinable y la desagregación mental que son reatos dolorosos de la sociedad venezolana, sumados a la carencia de vertebración moral ocasionada por nuestra imperfecta asimilación de la historia, explican nuestra crisis de pueblo, causa y efecto de las otras crisis que tratan de investigar los críticos: responsabilidad, jerarquía, urbanidad, literatura, libertad, economía, instilucionalismo.⁹

Trasportando al orden de nuestra vida de relación exterior el tema de la crisis de los valores históricos, damos con conclusiones en que pocas veces se han detenido los alegres enemigos del calumniado tradicionalismo. Jamás me he atrevido a creer que la nación sea un todo sagrado e intangible, construido detrás de nosotros por el esfuerzo de los muertos, así éstos prosigan influyendo en el devenir social. Considero a la nación como fuerza humana que viene del fondo de la historia y la cual nosotros debemos empujar hacia el futuro. El hombre en sí, nada más que como individuo, vive en cuanto espera seguir viviendo, pero la conciencia del vivir le viene de la experiencia de haber vivido ya. Esta conciencia se agranda y se dilata cuando se refiere a la colectividad nacional. Puede decirse que el presente de los pueblos es apenas manera de puente o de calzada por donde es conducida la carga de futuro que gravita sobre nosotros como obra y representación de un pasado.

Río que viene de atrás, el pueblo, para su expresión fecunda en el área de una nación, reclama símbolos que lo personalicen. Por ello toda colectividad nacional, del mismo modo como tiene escudo y bandera que la representen, necesita signos morales que le den perfil en el orden universal de la cultura. Tales signos sólo pueden formarse con los elementos que forja la historia a través de una comunidad de gloria y de dolor.

Pues bien, ayer nosotros y los demás países de la América española sufrimos durante la minoridad colonial, el ataque alevé de las potencias enemigas de la Metrópoli. El corsario, como ya he

dicho insistentemente, fue el instrumento eficaz de que aquéllas se valieron para destruir los asentos hispánicos y para robar la riqueza labrada por los mineros de España. Hoy, por carecer de un sentido histórico de continuidad, hemos llegado a ponderar el mérito de quienes aniquilaban las ciudades de nuestro mundo indohispánico y nos hemos hecho lerdamente a la tesis de los permanentes enemigos de España. Es decir, hemos sumado a nuestro acervo concencial temas que van directamente contra nuestra razón original de ser como colectividad.

Mientras el inglés y su descendiente en América permanecen fieles al *canon* histórico de donde derivan su fuerza de pueblo, nosotros, por reacción retardada contra un coloniaje que concluyó hace ciento cuarenta años, adherimos alegremente a las tesis de quienes intentaron destruir los gérmenes formativos de nuestra nacionalidad. Juan José Churión, escritor festivo, llegó a ponderar de la manera más seria el presunto beneficio que *hubiéramos* derivado de que Walter Raleigh ganase la posesión de Venezuela. Casi como ponderar la presunta inexistencia de nuestra actual sociedad hispanoamericana o como gozarnos ante la idea de lo que *hubiéramos* podido ser si a nuestra abuela la hubiera desposado un hombre de mayor significación que nuestro modesto abuelo. En cambio, una puritana de Maryland o de Nebraska regusta todavía las diatribas antiguas contra Felipe II y acepta por buenos los elogios que favorecen a Isabel Tudor o a Oliverio Cromwell. La puritana es fiel a lo suyo, y con ella todos los que integran el mundo de su cultura. Nosotros, empero, continuamos leyendo a Forneron, sin buscar el Felipe II que ofrece la nueva crítica de los Pfandl y los Schneider.

Al aceptar la tesis disolvente que hace surgir a nuestro pueblo de la improvisación de sistemas políticos exóticos a la hora de la independencia, rompemos con ello, también, la continuidad de valores que pudieron hacer de Iberoamérica una unidad capaz de resistir las influencias de potencias extrañas. Lo que el pirata no

obtuvo y lo que ni la propia armada de Knowels logró hacer en su ataque desesperado contra nuestros puertos, lo pudo la disolución crítica que, ampliando su radio, ha hecho del antiguo mundo indohispánico, pese a las Cartas, Conferencias y Congresos americanos, o a causa de ellos mismos, un sistema de naciones desarticuladas, egoístas y recelosas las unas de las otras, y en cuyo propio interior se mueven y contradicen fuerzas políticas que, desde fuera, son animadas arteramente por quienes medran con el mantenimiento de la discordia suicida de nuestros pueblos y repúblicas¹⁰.

En el campo doméstico, la falta de reacción histórica contra los valores extraños que desdican los signos antiguos sobre los cuales reposa nuestra primitiva razón de ser, reaparece cuando examinamos el nuevo problema de la actual conquista económica. Si buscásemos, para interpretarlas, las sombras del pasado, escucharíamos voces aleccionadoras, que nos dirían cómo la resistencia antigua contra la bandera invasora, la hemos convertido en singular alianza con los invasores nuevos.

Basta ver, para prueba de lo dicho, cómo en el orden de la política económica hemos pasado a la categoría de meros intermediarios de los mismos explotadores de nuestra riqueza. Lo que nos da en oro el petróleo –estírcol del diablo, según el funesto augurio de los guaiqueríes–, lo devolvemos en seguida, para pagar los artículos que importamos a fin de balancear nuestra deficiente producción agrícola, y para abonar el precio de todo lo que traemos en orden a complacer nuestra disparatada manía de lo superfluo. (Para comprar, por ejemplo, costosos caballos de carrera y las fruslerías que reclama una vida alegre y presuntuosa).

Nos hacemos la ilusión de ser colectivamente ricos cuando recibimos el jugoso cheque expedido a nuestro favor, mas en seguida, como incautos niños que jugásemos a millonarios, lo endosamos para provecho del propio librador¹¹. Nos decimos ricos en divisas, porque así lo anuncian los balances bancarios, pero lejos de aprovecharlas para fomento de lo permanente venezolano, las invertimos a locas en beneficio de la industria extranjera. Todo un proceso de dependencia económica que nos convierte en factoría de lucro forastero¹².

Cuando éramos una modesta comunidad de agricultores y criadores, y aun cuando fuimos una pobre colonia de España, nuestra urgente y diaria necesidad de comer la satisfacíamos con recursos del propio suelo. Hoy el queso llanero ha sido sustituido por el queso Kraft, la arveja andina por el frijol ecuatoriano, la cecina de Barcelona por carnes del Plata y de Colombia, el papelón de Lara y de Aragua por azúcares cubanos, los mangos y cambures de los valles patrios por peras y manzanas de California y aun el maíz que nos legó el indígena, viene elaborado por los yanquis. Sin embargo, esta menuda y espantosa realidad de decadencia y desfiguración nacional, creemos compensarla con vistosos rascacielos, armados con materiales forasteros; con lujo de todo género, a base de productos importados; y hasta con una aparente cultura vestida de postizos. Como los asnos de la fábula no pudieron alumbrar el oscuro poblado, así fuesen cargados de aceite, nosotros soportamos colectivamente la carga de la luz para provecho de otros ojos.

Ausentes de un recto y provechoso sentido de la venezolanidad, estamos disipando en banal festín los tesoros que podrían asegurar nuestra propia independencia, si ellos, en lugar de ser destinados a la feria de la vana alegría, con que se endosan para el regreso a manos de los explotadores extraños, se convirtieran, por medio de una acción honesta y responsable de los organismos encargados de la tutela del país, en instrumental que levantase la producción vernácula e hiciera aprovechables un suelo y unos brazos que nada producen por carencia de directrices. (Las que hemos visto poner en práctica, así se hayan presentado como fruto de severos estudios, apenas sirven para probar que a la crisis de la economía se agrega, lamentablemente, la crisis de los economistas).

En cambio, durante nuestro siglo XVIII, cuando España, a la lumbrera de teorías económicas introducidas por los consejeros franceses de Felipe V, desfiguró la vieja provincia venezolana y la convirtió en factoría para beneficio de la Compañía Guipuzcoana, el pueblo, por boca de Juan Francisco de León, se alzó contra un sistema que descuidaba el cultivo y la producción de lo que

reclamaban sus necesidades, para mirar sólo al acrecentamiento de la agricultura exportable, sometida, al efecto, al rigor de los precios por aquélla impuestos. Tabaco, café, cacao y añil fueron entonces lo que hoy es el petróleo en el juego de la riqueza. Se exportaba mucho, pero se obligaba al pueblo a comprar a altos precios la mercancía extranjera y aun productos cultivables en la tierra. Por ello, la Guipuzcoana nada sembró que pudiera ser traído en el fondo de los llamados *galeones de la ilustración*. Sin embargo, la persistencia en la queja y en la oposición, dio al fin la victoria a las tesis defensivas de los criollos. Se derrotó el sistema de la factoría cuando éramos colonia política. Los hombres de la república han abierto y aligerado caminos para el desarrollo de nuevas factorías económicas. Y hoy, donde todo está intervenido, apenas la moneda es libre pan que pueda regresar a su lugar de origen¹³.

Nadie niega que hay un hecho fundamental, unido al propio progreso de la civilización universal, en la génesis de la crisis de crecimiento de nuestra riqueza. El petróleo estaba llamado a cambiar la estructura de la economía venezolana. Como ha de ayudarlo una racional extracción del hierro. Su explotación era necesaria desde todo punto de vista. El mal estuvo, no en que saltase el aceite, sino en la obnubilación que ocasionó en muchos la perspectiva de una brillante mejoría en las posibilidades individuales de vida. Esta circunstancia hizo que se pensara sólo en el interés personal de los hombres que caminaban a millonarios, y que se olvidasen los intereses del pueblo. Desprovistos los políticos, los negociantes y los abogados del sentido de responsabilidad colectiva que hace fuerte a las naciones, no cuidaron de defender lo permanente venezolano y abrieron todas las puertas a la penetración exterior. No vieron los capitanes de esta oscura jornada, que junto con la adventicia riqueza que provocaría la marejada de divisas, vendrían los elementos que destruirían nuestra autónoma tradición económica y nuestra fuerza moral de pueblo. Y como si ello fuera poco, se prosiguió en la entrega de lo nuestro, hasta conceder al capital extranjero la parte del león en el beneficio del agro y de industrias de mero carácter doméstico¹⁴.

Para vallar y remediar la desarticulación sucedida con la hipertrofia de la riqueza, poco se ha hecho, por si no nada, en orden a defender los valores espirituales que mantengan nuestro perfil de pueblo. La propia lengua, instrumento de lucha y de conservación de la nacionalidad, se desfigura por la fácil y alegre adopción de inútiles palabras extrañas. Los mismos avisos y nombres de casas de comercio, dan un aspecto de disolución nacional a las ciudades. Los criollísimos obreros de la explotación petrolera empiezan a hablar una jerga vergonzosa. ¿Y qué decir de la música exótica, traída de las Antillas, con que ha sido sustituida nuestra vieja música romántica y que desaloja nuestros propios aires folklóricos? ¿Qué sino contribuir al vértigo de la mente y a acercar las víctimas a los manaderos de la marihuana, pueden hacer rumbas, congas y mambos, del peor alarde antirrítmico?¹⁵

Pero hemos llegado todavía a más en nuestra inconsciente aventura de destruir la fisonomía de la nación. Todos los años, en los alegres días pascuales, veo con dolor, y lo ven todos lo que sienten en venezolano, cómo la destrucción de nuestro acervo popular llega hasta lo menudo que formó nuestro viejo espíritu. Lo antiguo, lo nuestro, lo que daba cierta fisonomía a nuestras costumbres, ha ido desapareciendo al compás de modas importadas. La ola del mercantilismo angloamericano ha llegado a apoderarse de nuestros valores criollos para sustituirlos por símbolos exóticos, ante los cuales se pliegan fácilmente los curiosos y pedantes imitadores de novedades. Y así la Navidad no es hoy en Venezuela la antigua fiesta de los abuelos criollos. Es la fiesta de los intrusos abuelos yanquis. Durante ella no se desean *Felices Pascuas*, como lo hacían

ayer no más nuestros buenos padres; hoy se envían tarjetas con versos en inglés para augurar *Merry Christmas*¹⁶.

Mientras en el Norte se consagra un jueves de cada noviembre como fiesta de *Acción de gracias* por el pasado y el presente del formidable y venturoso imperio del Tío Sam, y se come en tal día el pavo y la salsa de arándano, que recuerdan el refrigerio tomado por los *Pilgrims Fathers* al echar pie en tierra americana, nosotros desalojamos las costumbres de nuestros mayores, para adoptar alegremente las que nos imponen los explotadores forasteros.

Si Jorge Washington resucitase en un *Thanksgiving Day*, hallaría en cualquier hogar americano abierta la vieja Biblia de los mayores, junto al oloroso *turkey* y a la *cramberry sauce* que de niño saboreó a la mesa de sus austeros abuelos en Virginia. Sin ir al terreno de lo imaginable: al viajero que visita la casa de Washington en *Mount Vernon*, en la fonda vecina, alegres muchachas trajeadas a la moda de doña Martha, le sirven el mismo estilo de jamón con patatas que fue alimento diario del gran Presidente. Si Simón Bolívar reapareciera en noche de Navidad en la alegre Caracas donde discurrió su infancia, en el sitio del antiguo pesebre con el paso del Nacimiento, que arreglaba con devota diligencia doña María Concepción, encontraría un exótico *Christmas Tree*, cubierto de simulada nieve, y en vez del estoraque, el mastranto, la pascuita y los helechos que daban fragancia campesina a la recámara, hallaría verdes coronas de fingido agrifolio y gajos de muérdago extranjero. En lugar de la hallaca multisápida, que recuerda la conjunción de lo indio y lo español, y del familiar dulce de lechosa, le ofrecerían un succulento pavo, traído del Norte en las cavas del *Santa Paula*. No oiría los villancicos que alegraron su niñez triste; le cantarían, en trueque, una melancólica *carol* aprendida en discos Columbia. Y Bolívar redivivo en su Caracas nutricia, pensaría cómo su obra quedó reducida a emanciparnos de España para que a la postre resultase la república atada a un coloniaje donde Amyas Preston tiene más derechos que Alonso Andrea de Ledesma. Y Bolívar, tal vez repetiría dolorido, ahora con mayor razón: Aré en el mar.

Las crisis que he venido pintando, se agudizan para nuestro país en razón de otro fenómeno de inmensa trascendencia social.

La situación desolada de la vida europea y el bajo tipo de salario vigente en otras partes de América, han volcado sobre nuestra nación una intensa y continua onda inmigratoria.

El carácter de este ensayo no es para abordar ninguna crítica a los defectos que pueda haber en la manera de recibirse y tratarse a los inmigrantes. Para mí en el presente caso no existe sino el problema de una gruesa población extranjera que se suma a nuestras actividades y que generará una prole llamada a ser venezolana por ministerio de la ley.

Jamás he pecado de xenofobia, así haya defendido siempre, aun con violencia, los derechos de la venezolanidad. Considero una necesidad abrir posibilidades a los inmigrantes, del mismo modo que deben darse honorables garantías a los capitales extranjeros. Estos aumentarán la riqueza con que aquéllos nos ayudarán a poblar el desierto. Además, tienen ellos derecho, en medio de la catástrofe de sus patrias de origen, a conseguir nueva patria donde rehacer sus vidas. Pero ¿podrá nuestro pueblo, sin riesgo de sus débiles y tan quebrantados atributos nacionales, asimilar las masas nuevas?

Creo que todo venezolano aspira a que el desarrollo material de la patria no llegue a desfigurar los valores que le dan fisonomía. Si bien sabemos que físicamente seremos simados en el polvo, aspiramos, en cambio, como colectividad, a seguir viviendo en los

planos de la Historia. El sentido histórico del hombre no es para mirar únicamente al origen y a la formación de las sociedades, sino para imponer una voluntad de permanencia en el tiempo. El egipcio la extremó hasta lograr la momia como reto a lo perecedero. Pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras, es pueblo todavía sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia. Pues bien, el sentido histórico de lo venezolano debiera llevarnos, como expresión de dominio interior, a reflexionar acerca de la necesidad de que esa inmensa masa inmigratoria –constituida en parte por núcleos de calidad social y cultural superior a la nuestra– se mezcle y se funda con la masa nacional, no ya por medio de cruces sanguíneos, sino también por su participación en el acrecentamiento de nuestro patrimonio fundamental de pueblo. La posibilidad de este hecho lo prueba el ilustre y fecundo fruto recogido como obra de la incorporación en el siglo pasado de numerosos inmigrantes europeos, cuyos apellidos son hoy decoro de la patria venezolana: Dominici, Carnevali, Braschi, Adriani, Parilli, Paoli, Jahn, Rohl, Berti, Saluzzo, Pietri, Boulton, Spinetti, Chiossone, Pellín, Moller, Pardi, Dagnino, Chalbaud, Montauban, Penzini, Leoni, Sardi, Velutini, Razzetti, Pocaterra, Wilson, Pizani, Uslar, Branger, Grisanti, Fabiani, Semidei, Saturno, Murzi, D’Alta, O’Daly, Massiani, Tagliaferro, Licioni, Consalvi, Brandt, Stelling, Biaggini, Barbarito, Paradisi, Provenzali, Flamerich, Salvi, Luciani, etc.

Si el inmigrante, una vez adaptado a nuestro determinismo ecológico, crece y prospera sin realizar la deseada simbiosis espiritual con el criollo, hay el riesgo de que se convierta en quiste, como el alemán de la Colonia Tovar. Al extranjero que viene a sumarse a nuestra economía de producción, no debemos pedirle únicamente una mejor agricultura o un artesanado de mayor calidad, sino que, sobre de esto, se torne en elemento activo de nuestro proceso cultural.

En país cuyo pueblo haya asimilado de manera integral su propia historia, la tarea de absorber valores extraños es por demás

hacedera¹⁷. En Venezuela, en cambio, junto con la falta de un verdadero sentido histórico, se abulta la ausencia del sentido geográfico, que sirva de apoyo y de acicate para dar área firme y dilatada a las realizaciones sociales. El venezolano no tiene la *pasión del paisaje* que contribuye a *que se viva* en función de luz y de color el poder de la tierra nutricia. El venezolano pudiente conoce mucho mejor el paisaje alpino, la Costa Azul o los lagos canadienses, que las llanuras de Guárico, las crestas andinas, las selvas guayanesas o las costas orientales. La mayoría del venezolano capitaliza para viajar, tal vez en busca de una seguridad, permanente o transitoria, que pocas veces le ha sido garantizada plenamente en el país. Alfredo Boulton, con su pasión por la luz y por color de nuestro suelo, figura entre las gratas excepciones a esta regla de evasión.

Nuestro problema en este caso es de doble radio. Debemos remediar de una parte nuestra crisis constante de unidad, y de la otra, buscar centro de gravedad nacional a las nuevas masas humanas que se juntan al orden de nuestra actividad demográfica.

Lo apuntado hace ver que no es el del suelo ni el del rendimiento económico en general el problema fundamental del inmigrante. Su caso, más que para ser apreciado en los balances de un libro mayor, es para juzgarse en el espacio social, tanto desde el punto de vista de la crisis de crecimiento provocada en el mundo demográfico —expuesto a padecer fenómenos hipertróficos—, como desde el punto de vista de una apreciación de valores subjetivos. Si los nuevos hombres no son asimilados por nuestro medio físico y por el suelo de la tradición nacional, advendrán situaciones fatalmente difíciles. Proliferaría la anarquía a que es tan inclinado nuestro genio doméstico; se constituirían minorías raciales, con grande riesgo para el ejercicio del propio poder público; o prosperaría en grado eminente y con beneficio de factores extraños, la desagregación que niega carácter a nuestra mente nacional.

Nunca como al presente necesitó nuestro país de una atención mayor en el examen de sus problemas de pueblo, porque nunca como ahora se hizo tan notoria la crisis de sus valores sustantivos. Tampoco jamás desde la edad heroica nuestro país se había confrontado con mayor número de problemas a la vez.

Uno tras otro se suceden en el examen de circunstancias los hechos de distintos géneros que abultan las varias y conexas crisis que mantienen en paciente inquietud a la nación. Pretender que se resuelvan todas a la vez, es cosa necia por imposible; empero, pareciera que reclaman mayor y más fácil atención aquellos hechos que eviten el relajamiento de los valores fundamentales de la nacionalidad y que vayan a la formación de una conciencia de deber frente a las otras –inmensas– manifestaciones de desequilibrio de la vida nacional.

Ya volveremos sobre el tema de los valores históricos, antes quiero detenerme en un hecho que da aspecto de paradoja a la problemática del caso. ¿Cómo unirnos para la defensa de nuestro *canon* histórico y de nuestros intereses nacionales, cuando pululan las circunstancias que nos conducen a la feroz discordia? He dicho que subestimamos los valores comunes que podrían uniformar nuestro genio de pueblo. Ello es cierto, pero quizá la crisis de la igualdad, la crisis de la presunción, la crisis del egoísmo, la crisis de la libertad, nos empujan fatalmente a desconocer ese deber que viene de la Historia y nos llevan artificialmente a la lucha descarada, cruel, implacable que da apariencia contraria al estricto valor humano del pueblo. Yo no sé si otros lo escuchen, pero desde

distintos ángulos sociales percibo un angustioso reclamo de ir, no a la comedia de las palabras, sino a una efectiva concordia, que permita realizar el derecho y dar su sitio a la justicia. (De ti, lector, estoy seguro que has auscultado el palpitar de nuestro pueblo y has tenido la certidumbre de que le duele la tozudez con que sus mejores y más autorizados hijos se resisten a la humilde y fecunda reflexión que les abra las tinieblas de sus yerros).

Tornando al tema que sirve de fundamental motivo a este diálogo sin interlocutor determinado, diré una vez más que la Historia, tomada como disciplina funcional y no como ejercicio retórico, tiene fuerza para elaborar las grandes estructuras que hacen la unidad concencial del pueblo. Sobre esa unidad de conciencia descansa el *canon* que da fijeza a las naciones y evita la relajación que provocaría en el genio nacional el sucesivo cambio de las condiciones de vida.

Como realidad humana, la Historia, ya lo he dicho, no sólo mira al pasado para desenredar hechos y pulir tradiciones, sino también a la prosecución de los valores de la cultura. Un pueblo es por ello tanto más histórico cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo han alcanzado los *cánones* que conforman y dan unidad al genio colectivo. Nosotros, repito una vez más, así poseyamos una historia cuajada de hechos portentosos, que otras naciones envidian y aún intentan desfigurar, no la hemos asimilado de manera que sirva como espina dorsal para la estructura del pueblo. Por eso nuestra colectividad carece de resistencias que le permitan luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, ora por los abusos de la fuerza, ora por los desafueros de los demagogos, y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores hijos, para que opte una conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder.

Pueblo lleno de excelentes cualidades primarias para la siembra de las más claras virtudes cívicas, el de Venezuela sólo ha

reclamado una generosa dirección. Aquí fundamentalmente no se odia; de lo contrario, el hombre venezolano, carente de conciencia colectiva para el delito, ha vivido en trance permanente de olvidar y de servir. Jamás hemos cultivado como método de lucha el crimen político¹⁸, y a pesar de las arbitrariedades de los gobiernos personalistas, nunca se ha puesto en acción como sistema la venganza de sangre. Vivaz, noble, confiado, inteligente en grado sumo, resignado siempre, es masa que pide levadura de calidad para que leude el pan de la fraterna fiesta. Pero la levadura necesita una pasión que le sume las virtudes requeridas para hacer crecida la masa y para dar seriedad reflexiva a quienes han querido compensar la desgracia cotidiana con el festivo ejercicio del chiste y de la burla.

Pasión excelsa de libertad echó a nuestro pueblo fuera de casa por más de quince años, para dar fisonomía de república a la América española. Entonces creció en heroicidad y desprendimiento, y con tan preciados lauros ganó sitio honorable en el concierto universal de las naciones. Fue nuestra única gran pasión constructiva; mas, al regresar a las lindes de la vieja patria, lejos de seguir pensando con ideas universales, olvidó lo dinámico de su historia, olvidó los hechos sublimes de sus varones ilustres, y se dio a destruir en la disputa cantonal y caciqueril, los signos que debían de haberlo conservado unido para el rédito de su sacrificio. El brillo de la gloria –tan peligrosa como la desgracia– le hizo olvidar la sentencia renaniana, según la cual «la libertad reclama un diario plebiscito». Seguro de haberla ganado para siempre, confió su guarda a los mandones y creyó en la palabra interesada de los dirigentes de la cosa pública. Pobre de cultura, sólo prestó oídos a la voz altanera de los caudillos y gamonales, o a la palabra páfida e insinuante de los demagogos. Estos exaltaban su fe sencilla en las promesas; los otros lucraban con el complejo masoquista heredado de los abuelos esclavos. Fácil le fue cambiar el culto a Páez por la veneración a Antonio Leocadio Guzmán, y fluctuando entre Guzmanes y Páez de menor cuantía, ha pasado sus mejores años olvidado de sí mismo, de su deber y de su historia.

Jamás pudo prestar oídos a la palabra austera y ductora de los Fermín Toro y los Cecilio Acosta. A Vargas dio espaldas, cuando advirtió que Páez estaba deshaciendo su comedia civilista. De haberlos escuchado, habría advertido que los hombres de la inteligencia le señalaban por norma, junto con los de la libertad, los signos de la justicia y del deber. Pero ni chillaban como los demagogos que le ofrecían el inmediato cambio del orden social, ni lucían sobre el pecho los encendidos alamares de los guerreros, que le aseguraban el hartazgo o el botín como premio de la sumisión. Ello hizo que las palabras llamadas a ser guías para la formación moral de la colectividad, quedaran escritas en páginas inolvidables, pero sin haber tenido a tiempo el poder carismático que las hiciera obrar en la conciencia popular.

Aquellos hombres, así aparezcan como sombras inconsistentes en un alegre examen de nuestros anales, también son nuestra historia y acaso nuestra historia más alta. No fueron menores, tampoco, que los grandes varones de pueblos poderosos. Sin comparar a Bolívar, genio solitario de la guerra y profeta sin par de la realidad social, ni a Miranda, figura de excepción en el mundo de América y de Europa, yo pondría a dialogar con Jefferson a Juan Germán Roscio y a Hamilton con Manuel Palacio Fajardo, y seguro estoy de que Franklin habría recibido con solaz la visita de José Vargas.

Junto al prestigio y a la brillantez de los próceres que libraron las batallas de nuestra edad heroica, están estos hombres silenciosos y humildes, próceres también, que en traje civil delinearon nuestras instituciones democráticas. Mucho de lo que ellos pensaron tiene aún vigencia y mucho de lo que enseñaron está aún por ser aprendido. El pueblo, fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los generales, y terminó por perder la vocación de resistir. Acaso de haberse ceñido a las normas de los ideólogos, hubiera sabido mantener la altivez que permite a los débiles saborear la libertad. Al lado de la tragedia dolorosa de la política, devoradora de voluntades y de virtudes, los hombres del

pensamiento puro tejieron su empeño por servir a la república, y Roscio, Palacio Fajardo, Martín Tovar Ponte, Sanz, Vargas, Michelena, Gual, Aranguren, Juan de Dios Picón, Domingo Briceño, Espinal, Toro, Acosta, Seijas, López Méndez, Arévalo González, dejaron mensajes destinados a tener eco y realidad en el futuro. En el futuro de ellos, que es el presente nuestro. El pueblo no ha podido asimilar sus pensamientos del mismo modo como no ha asimilado la realidad integral de su pasado. En cambio, si meditase un poco, si lo ayudasen a mirarse en sí mismo, ya que él es historia viva que reclama voces que le faciliten su genuina expresión, nuestro pueblo luciría la severa fisonomía y el duro carácter que le legaron sus genitores.

Ayudar al pueblo es por ello nuestro deber presente. A un pueblo que no está debajo de nosotros, en función de supedáneo para nuestro servicio, sino del cual nosotros, somos mínima parte y expresión veraz. Debemos ayudarlo, no a que grite, como aconsejan los demagogos, ni a que olvide sus desgracias, como indican los conformistas del pesimismo, sino a que reflexione sobre sí mismo, sobre su deber y su destino.

En momentos en que los grandes dirigentes de la política universal se ocupan ansiosamente con el grave problema de la guerra, resulta una romántica paradoja enfocar como tema la crisis de Venezuela. Mas, como el idealista, aun contra toda esperanza, debe esperar en el triunfo de los principios, se hace grato elaborar conceptos generosos, así puedan recibir mañana la contradicción de la realidad. Bien comprendo que tener a estas alturas del mundo alguna fe en los ideales desamparados, es tanto como realizar estérilmente un heroico sacrificio. Sin embargo, hay necesidad de ejercitar tal confianza y de cumplir tal sacrificio. Al menos para que se vea como una actitud de espiritual rebeldía contra la quiebra de valores que padece la cultura universal.

Cuando se anunció la proximidad del milenario, el hombre de la alta Edad Media estaba saturado de fe y de temor religioso, para esperar la muerte, disciplinó la carne y puso sobre la altiva cabeza la ceniza humillante.

Este nuevo milenario encuentra al hombre en medio de una crisis espantosa de fe. Están rotas todas las tablas de los valores morales; Cristo ha sido sustituido por Mammona; y, de consiguiente, es al nuevo dios a quien se rinde el último sacrificio. El lucro ha quebrantado la lógica de la reflexión, y la política y la guerra se miran como felices oportunidades de pingües ganancias¹⁹.

En julio pasado, mientras el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas discutía los problemas del mundo e invitaba a los pueblos inermes y pacíficos para ir, con las grandes potencias, a castigar la agresión norcoreana, paseaba yo una tarde por los

parques neoyorquinos de Riverside Drive. Las gentes sencillas allí reunidas, mostraban uniformemente en los rostros iluminados la más intensa alegría, frente al espectáculo maravilloso de un excepcional crepúsculo, con cuyos encendidos colores alcanzaba mayor majestad la arquitectura de los rascacielos. Gocé yo también mi parte de crepúsculo, pero pensé con grave tristeza en la guerra inminente y en la bomba funesta que pueda destruir mañana, en un minuto de científica barbarie, aquella soberbia expresión del poder constructivo de la inteligencia humana. Pensé en la inseguridad del destino del hombre y en la locura con que ciertos intereses financieros vocean la guerra como circunstancia favorable para acrecentar sus réditos. ¿Y el mismo hombre, me pregunté, que ha construido este inmenso marco de audaces edificios como para hacer más hermoso el cuadro de luz de las tardes neoyorkinas, juega a la muerte y expone a la destrucción todo el esplendor de esta maravillosa cultura de la comodidad? ¿Qué principios normativos guían la reflexión confusa y contradictoria de estos seres ultracivilizados, que después de haber cumplido el máximo esfuerzo de la inteligencia, provocan, en un arranque frankeisteniano, que la cultura regrese a las tinieblas de la barbarie, en lugar de pensar que esa cultura y esa comodidad deben extender el radio de su beneficio humano?...

En medio de esta gran crisis de la civilización universal, sigue, agrandada por aquélla, su curso fatal la crisis de lo privativo venezolano. Mientras contemplamos la nuestra, vemos llegar hasta nosotros el oleaje amenazante de la guerra en gestación. Un deber de hombres nos obliga, sin embargo, a desechar toda actitud milenarista, para seguir discurriendo como si la nube cargada de tormenta fuese a pasar sin daño alguno sobre nuestro destino. Debemos pensar en nosotros mismos con fe entusiasta y con empeño de salvación. Acontezca lo que aconteciere, la historia seguirá su curso y habrá una generación que recordará nuestro dolor. A tantas crisis como azotan a nuestro pueblo, no agreguemos la crisis de la desesperación y de la angustia, aunque sea ésta, como dice

Kierkegaard, buen instrumento educativo de la posibilidad. Procuremos a todo trance que nuestra agonía no sea para morir, sino para salvar el irrenunciable derecho de nuestro pueblo a la libertad y a la justicia.

Explicación

Este modesto ensayo de interpretación de nuestra crisis de pueblo, no pretende ofrecer conclusiones categóricas. En él he querido recoger con apariencia de unidad, diversos conceptos elaborados durante el curso de algunos años de meditación acerca de nuestros problemas nacionales. Por eso, quienes hayan leído mis anteriores trabajos, habrán encontrado en el desarrollo de estas páginas temas ya propuestos en aquéllos a la consideración del público. También existen en archivos gubernamentales memorias en que fueron sometidos al juicio de las autoridades problemas aquí esbozados. Con refundir dichas ideas y entregarlas a la discusión de quienes sientan la misma angustia de lo nacional, he creído ingenuamente cumplir un deber de ciudadano acertadas o en yerro, estas reflexiones escritas a la rústica, pues son otros los que tienen el dominio de los temas aquí tratados, sirven al menos para que se piense una vez más en los problemas contemplados.

Abunda el declarar que cuando critico lo nuestro no pretendo situarme en el limbo de una pueril irresponsabilidad. Míos son, más que las virtudes, los pecados venezolanos. Si huelgo cuando me siento partícipe de la gloria tradicional de nuestro pueblo, me siento también culpable en parte de los errores colectivos. Más aún: lo glorioso lo fabricaron otros. En los reatos que impiden la marcha holgada del país, tengo acaso alguna parte, ora por silencio, ora por condescendencia tira por momentáneos intereses. Ya he dicho en otro lugar, que reconocerla, es saldar en parte nuestra

deuda con las generaciones que vigilan nuestro ejemplo. Pecado es confiar en el generoso olvido de los otros, para intentar exhibirnos como dispensadores de honras.

Santiago de León de Caracas,
en 11 de noviembre de 1950

Notas

- 1 El tema de la crisis literaria ha sido abordado extensamente en artículos de periódicos y en mesas redondas celebradas en la Asociación de Escritores Venezolanos. Parece que los interesados no se han puesto de acuerdo, y mientras algunos, citando nombres de prestigio en nuestras letras, niegan la crisis, otros han llegado a hablar de «literatura de crisis», producto de una reconocida impreparación y de una excesiva presunción. Alguien, muy sutilmente, ha dicho que la crisis proviene de un arbitrario intento de llamar literatura algo que no lo es, tal como si se imputase a una crisis de la Medicina, el desacierto de los yerbateros.
- 2 Algunos venezolanos, consideran que los conservadores colombianos son más adictos a la persona de Bolívar que los colombianos liberales. Ello es fruto de un juicio simplista: como los conservadores, alaban el Bolívar de la dictadura, motejado por los liberales de desamor a los principios legales, los venezolanos, que entendemos y amamos al Bolívar de todos sus tiempos y sabemos explicar la contradicción aparente de su conducta política, llegamos a desconocer las lógicas reservas con que enjuician los liberales el proceso final de Colombia, y, de lo contrario, simpatizamos con la posición conservadora que mira en Bolívar un patrón de gobiernos de fuerza. Bueno es recordar que el partido conservador histórico de Colombia fue fundado por un antiguo septembrista.
- 3 Los dos contradictorios tipos de leyenda, provocados y mantenidos por la aplicación de conceptos extremistas en el juzgamiento de nuestro pasado colonial, tienen su contrapartida en las leyendas dorada y negra, con que se ha pretendido a la vez adulterar la historia del proceso emancipador. Para algunos, Bolívar y nuestros grandes próceres son personajes excusados de toda manera de crítica. Diríase que la reseña de sus vidas, en la pluma entusiasta de algunos historiadores, tiene más intención hagiográfica que móvil de historia. Por el contrario, otros, fieles al criterio colonista de José Domingo Díaz, mantienen la violenta incompreensión de la época de la guerra. (Estos, claro está, no se cosechan fácil-

mente en suelo venezolano, pero en ciertas porciones de América tienen vigencia y ganan aplausos). Para evitar los vicios que acarrearán una y otra leyendas, ora en lo que dice a la historia de nuestro período hispánico, ora en lo referente a la era de la emancipación, debe procurarse una posición de equilibrio que tanto nos aleje de condenar sin examen la obra de la colonia, como de vestir arreos de ángeles a los Padres de la República, así como del riesgo de poner alas seráficas a los conquistadores y desnudar toda virtud a los hombres de la Independencia. Para lograr ese equilibrio, debemos empezar por convenir en el error inicial que provocaron y continúan provocando las banderías de tipo ideológico. De otra parte, y es ésta materia en extremo sutil y delicada, un hipertrófico sentimiento patriótico lleva a muchos de nuestros historiadores a negar a los otros escritores el derecho de ahondar y hacer luz en la vida y los Padres de la Patria. Argumento peligroso que, terminando en la deificación de los próceres, los aparta, con daño de la ejemplaridad, de su humana posición de arquetipos sociales. Según los que así piensan, tuvimos una brillante generación de semidioses que engendró una enclenque prole de enanos, incapaces de tomar por ejemplo sus acciones heroicas (V. mi trabajo *La Leyenda Dorada*).

- 4 Al ponderar, sobre los demás valores, el valor hispánico, no desdigo de las posibilidades de las otras aportaciones sanguíneas. En el español considero una historia de que carecían nuestros aruacos y caribes y de que eran ignorantes aun los mismos descendientes de la reina de Saba. En la oportunidad de comentar en 1943 el libro *Familias coloniales de Venezuela*, del embajador español José Antonio de Sangronis, escribí: «Nuestro problema étnico tropieza para su explicación con esta valla de linajes «puros» y con el desasosiego que en muchos contemporáneos causa la ascendencia negra. En cambio, sino hubiera este horror a la verdad, se vería, con pruebas fehacientes, cómo es incierta y falsa la teoría racista que niega posibilidades de superación a nuestro pueblo por la fuerte aportación africana. Otras serían las conclusiones si quienes conocen el secreto de las genealogías venezolanas pusieran en claro cómo mucha gente alardeante de limpias y empingorotadas estirpes castellanas, acaso han logrado singular brillantez intelectual y predominantes dotes de creación social, en razón de las sangres mezcladas que corren por sus fermentadas venas azules. Algo de profunda significación optimista sería el examen realista de nuestros entronques raciales, algo que serviría a disipar la ceniza de desfallecimiento que arrojan sobre nuestro porvenir los que se empeñan en renegar de nuestro capital humano. Sorprendente

y alentador en extremo sería un examen de la aportación negra a la intelectualidad venezolana. Quizá llegue la hora en que la absolución de los prejuicios permita esta clase de indagaciones (*Bitácora*. Cuaderno 3, pág. 87. Caracas, mayo de 1943).

- 5 Los grupos tribales, que en su forma semi-rural constituyeron los nudos oligárquicos donde radicó el principal apoyo que gozaron lo mismo Guzmán Blanco que Juan Vicente Gómez, han tenido y prosiguen teniendo su correlativa representación en los grupos oligárquicos de la capital (comerciantes, banqueros, abogados y terratenientes), que han venido sucediéndose imperturbables desde Casa León y Patrullo hasta la época presente, si no sobre la vertebración de las mismas familias, ya que lo ha impedido nuestra democracia social, sí validos de la flexibilidad con que el empingorotado grupo de beneficiados se abre para meter en su cinturón de hierro a los nuevos representantes del poder económico. Si borrado de la memoria de la gente, al menos los periódicos de la época –testigos que no mancan– deben mantener el recuerdo de la recepción apoteótica que la banca y el alto comercio tributaron al General Gómez después de las fiestas del centenario de la batalla de Carabobo. El «caudillo de diciembre» parecía en el momento de los homenajes la propia reencarnación del Páez victorioso a quien se rindió el rancio mantuanaje colonial. Uno y otro tuvieron en sus respectivos tiempos el privilegio de distribuir las bulas del perdón y los vales de la victoria, y ninguna otra cosa ha buscado nuestra infecunda oligarquía, condenada hoy, como consecuencia de su entreguismo, a lisonjear y servir también los intereses del poder y del capital extranjero.
- 6 Ciertas inteligencias simplistas dan con frecuencia en la flor de considerar que cuando se recomienda el estudio y el aprovechamiento de los valores tradicionales, se aconseja con ello una posición estática, capaz de impedir el progreso de las instituciones. Se mira hacia la historia en pos de lo positivo y creador que ha fabricado el tiempo, y en búsqueda, además, de las causas que invalidan el avance de determinadas actitudes sociales. Muchas de nuestras fallas de pueblo provienen de haberse desechado o de no haberse acabado ciertos valores positivos del pasado; otras, por lo contrario, derivan de habernos conformado definitivamente con situaciones disvaliosas provocadas por hábitos, usos y costumbres que no hemos procurado indagar para la debida superación. En Venezuela, desde viejos tiempos, ha adquirido plaza una categoría social que arranca del hecho desnudo de gozar el individuo la llamada «influencia

política». Hoy, aparentemente menos que ayer, así perviva en formas a veces más graves, se ha juzgado título de mérito moverse dentro del radio de la esfera gubernamental (Ser «cacho gordo» en los círculos de la política, según la jerga intuitiva del pueblo). Los estrados de La Viñeta, de Antímano, de Santa Inés, de Villa Zoila, de Las Delicias y de Miraflores; las antesalas de los Ministerios; las Casas de Gobierno de las provincias; las salas de bandera de las guarniciones militares y aun el círculo exiguo del Jefe Civil de Parroquia, han sido vistos como zonas de privilegio, dignas de ser frecuentadas a costa de cualquier sacrificio personal. Caminar hacia el logro de estas franquicias, ha sido objetivo común del hombre venezolano, considerado tanto más hábil como político cuanto más fácil le sea lucrar con los beneficios que garantiza una buena amistad con los personeros en turno de la autoridad. La política, enmarcada en los cuadros cerrados de lo personal, no buscó el aire de la calle, donde lucieran las voces de las doctrinas y de los sistemas, sino la artesanía dirigida a influir en los de arriba, para asegurar ayuda al mayor o menor grupo de parásitos que han formado la clientela abigarrada de los traficantes de influencias. Para el buen éxito en esa política barata han sido armas eficaces la palabra insinuante, el gesto zalamero, la actitud obsequiosa, el ademán complaciente, la impudencia festiva, el compadrazgo de provechos, el criterio conformista, la voluntad dócil, la maniobra turbia, la insolencia valentona y la solidaridad en la arteria.

La política dejó de verse, en consecuencia, como una actitud moral puesta al servicio del pueblo o como oportunidad de contribuir a la ampliación del radio de la prosperidad general, incluidos, claro que sí, como función concomitante, el propósito de lucimiento personal y la perspectiva de un beneficio honrado en la materialidad de los provechos. La política, desprovista del sentido de solidaridad social y de responsabilidad nacional que debiera distinguirla, ha sido para muchos un sistema encaminado a lograr cada quien su parcela de influencia en el orden de la república. El gobierno ha de ser político, porque sabe mejor que nadie cómo un jeme de apoyo mide más que una vara de justicia; el comerciante ha de ser político para evadir impuestos, obtener cupos, lucrar con el contrabando o jugar al estire y encoja de los aranceles; el agricultor ha de ser político para tener garantizada la tranquilidad de la peonada o ver limpios los caminos por donde transitan las recuas o los carros con el fruto de sus tierras. Cambiados la estructura de la economía y el mismo régimen de la vida nacional, también ha variado el curso de los métodos de influir, pero ha durado, como consecuencia de nuestra peculiar con-

formación económica, el concepto de que constituye un «ábrete sésamo» el estar «bien con el gobierno».

El dilatamiento de esa posición solícita de influencias, ha dado tal preponderancia a la fuerza del oficialismo que, a su lumbre diabólica, aparece vestido de certidumbre el dicho que en 1887 criticaba Luis López Méndez, y según el cual «nuestro pueblo es de los más fáciles de manejar» Claro que es fácil manejar a un pueblo cuyos hombres más conspicuos están ávidos de enajenar su voluntad a cambio de una cuarta de influencia, así ésta, en numerosos casos, no sirva sino para presumir de «pesados». Pero, como agrega López Méndez, un pueblo no es para que lo manejen, sino para «manejarse por sí propio y no abdicar nunca sus derechos». La historia de nuestras viejas oligarquías no ha sido sino la historia de una persecución del mando o de su sombra, para beneficio de intereses personales. Hoy ha variado la estructura de los grandes centros económicos, pero ayer, y aun en el presente de la provincia, el juego se hizo en torno al cacique que mueve intereses aldeanos con promesas de inmediatos beneficios. Mientras esa estructura subsista y la relación de intereses se haga a base de influencias para cohonestar las leyes o para participar en la distribución de los negocios del Estado, los gobiernos mantendrán una fuerza capaz de conservarlas a su favor el grueso de una aparente opinión. La verdadera opinión, en cambio, no se hará sentir en virtud de tal interferencia, y los mismos hombres llamados a apersonarse de la necesidad de ir a un sistema cónsono con el concepto de la República, seguirán sonriendo y festejando a los «vivos» que saben aprovechar las situaciones.

Este examen podría aplicarse a otros países de América, y aun abultarse en algunos sus conclusiones, pues no estamos nosotros a la zaga de ninguno en materia de moralidad política. Pero no debemos hacer el tonto consolándonos con los males ajenos. Quizá nosotros podríamos, con mayor facilidad que otros, enmendar con éxito nuestros yerros, y optar caminos que nos lleven a una política de altura, capaz de superar la crisis de categorías que ha colocado sobre todo mérito cívico o cultural el mérito de saber medrar con la voluntad del régulo de turno

- 7 El desdén para honrar a nuestros grandes valores culturales y presentarlos al pueblo como luminosos arquetipos, contrasta con la precipitación puesta en juego para rendir parías a personas aun de méritos comunes, si para el caso se mueven circunstancias de aledaño interés. Con ello se rompe la lógica de las categorías y se hace inválida la justicia. Basta, por

ejemplo, ver la facilidad con que se da el nombre de muertos medio sepultos, y aun de gente en su entero pellejo, a establecimientos y centros de enseñanza, mientras duerme en el rincón del olvido la memoria de esclarecidos constructores de la nacionalidad. En todo ello la reflexión creadora queda sustituida por el ímpetu de nuestro tropicalismo sentimental. Hasta en el área de la cultura somos siempre el país de las corazonadas.

- 8 En el caso de las garantías políticas, juegan papel muy principal argumentos que derivan de factores disvaliosos, con duras raíces henchidas de tiempo. En Venezuela, tierra de Libertadores, no ha prosperado la mística de la libertad, de la seguridad y de la igualdad de responsabilidades, sin las cuales las repúblicas estriban en tinglado de caña, salvo el paréntesis de gobierno del ilustre presidente Medina Angarita, el pueblo de Venezuela, aun en los dorados tiempos de Vargas, Soublette y Rojas Paúl, ha sido actual o potencialmente, un pueblo preso. De aquí deriva la paradójica expresión de la «venezolana libertad de estar preso» acuñada por Joaquín Gabaldón Márquez. No se ha desarrollado jamás entre nosotros el profundo sentido de las garantías individuales. Menos el sentido de solidaridad que lleve a pensar cómo la arbitrariedad que indiferentemente vemos caer sobre el vecino, puede mañana tocar a nuestra puerta. La discrecionalidad de los procedimientos ejecutivos, desfigurando la mentalidad común, ha servido para que la administración de la propia justicia ordinaria aparezca frecuentemente lastrada de los mismos vicios de insensibilidad, y que los jueces, olvidados de antiguas consignas de equidad, miren al rigor más que a la justicia. «Jueces achacosos» llamó a este género de funcionarios el certero Maestro Granada. Si a la verdad vamos, habremos de reconocer que los mismos instrumentos legales han sido parte para esta desfiguración conceptual. Los Códigos de Policía, colidiendo con las normas constitucionales, han reconocido en las autoridades ejecutivas facultad para imponer sin juicio arresto hasta por quince días, y la misma Constitución de 1947 tan celebrada en América, a la par que estatuyó el recurso de *Habeas Corpus*, introdujo el inciso *Alfaro Ucero*, que consagró como método de represalias políticas «la razón de Estado». Por eso, algunos humoristas que en nuestras Universidades han profesado cátedra de Derecho Constitucional, se han llamado así mismos Profesores de Mitología.

2 Examinar uno a uno los varios factores incitativos del estado que he llamado «crisis de pueblo», sería tema para rebasar los modestos límites del ensayo que intenté ofrecer al público. Va nuestra crisis desde las más simples y naturales normas de la higiene doméstica hasta las encumbradas esferas institucionales, civiles y castrenses, eclesiásticas y profanas. Cuando apareció la primera edición de este trabajo, se debatía en los estrados universitarios el problema de la crisis de la Universidad. Alguien promovió, después, un examen de la crisis de la Justicia. En el Instituto Pedagógico se ha debatido el caso de la enseñanza en general. El examen de este problema, cada vez que es intentado, provoca un caos irreductible, ya que entre nosotros el hecho de haber pasado por un instituto de enseñanza se considera título suficiente para opinar sobre enseñanza y aun para dirigir la educación. De nuevo se ha vuelto sobre el tema fundamental del bachillerato, y se discute en torno a una corriente «pragmática» para el nuevo Liceo. Ocioso sería detenernos en una crítica de fondo, cuando basta presentar las meras líneas superficiales del problema, para que se aprecie la falta de sentido con que hemos procedido en el ordenamiento de nuestra educación. Desde el Código de Soublette, donde adquirieron cuerpo las ideas de Vargas, hasta los últimos estatutos, han jugado un papel primordial las simples palabras. Para probar nuestro desdén por la función creadora del tiempo, basta ver cómo se han inventado y suprimido estudios y nombres, creyendo cada quien, en su turno, ser el creador de la cultura. En Caracas, la vieja y prestigiosa Escuela Politécnica se desarticuló para ser en parte absorbida por el Colegio Federal de Varones, que luego se llamó liceo Caracas, hasta recibir por último el egregio nombre de Liceo Andrés Bello, no sin haber corrido el riesgo de llamarse Liceo Descartes, cuando se trató de hacer política grata al Quai D' Orsay. ¿No sería más respetable el instituto, si a su prestigio de hoy, uniese el brillo de una lujosa tradición en que aparecieran nombres de profesores y de alumnos que son blasón de la República? Cada ministro, como genio de la hora, ha arremetido contra los signos anteriores y ha echado las bases de una nueva estructura, que luego modifica el subsiguiente. Nuestra Universidad, en la rama de las matemáticas, otorgó sucesivamente títulos de Doctor en Filosofía, Doctor en Ciencias Exactas, Ingeniero, Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas a los graduados en Ingeniería. Todo se intenta mudar, y en una reciente reforma de la Escuela de Derecho, se quiso llamar «Memoria de graduación» a la clásica tesis de grado de nuestra Universidad. Lejos de modificarse la técnica de la tesis, y hacer de ella una verdadera expresión

universitaria, se buscó de darle otro nombre. Ya eso es progresar. Las escuelas primarias, que estuvieron a principios de siglo divididas en dos grados, llegaron a seis un poco más tarde y se llamaron graduadas completas y graduadas incompletas, más tarde se multiplicaron los mismos grados y con ellos la población y fueron llamadas escuelas concentradas, hasta recibir más tarde la denominación de grupos escolares y escuelas unificadas. Pero como cada Ministro ha de dejar como recuerdo de su tránsito un nombre nuevo, ahora ha resultado la «escuela periférica» en los barrios lejanos. Tuvimos, también, un ensayo de escuela rural urbana. (El adjetivo periférico ha pasado al orden asistencial y al orden de los abastos, y tenemos puestos de socorro periféricos y mercados periféricos). Junto con los nombres de los planteles se mudan los programas, sin esperar a que se juzgue su idoneidad. Hay una pugna y una emulación, no por servir a la causa de la educación, sino en orden a mostrar cada profesor una técnica más avanzada. A veces resultan los alumnos una manera de conejillos de Indias en que se experimentan nuevas fórmulas psicopedagógicas. Estos procedimientos favorecen a la postre el analfabetismo ilustrado que padece la República.

- 10** Los instrumentos creados por las diversas asambleas y reuniones americanas parecieran contradecir la desarticulación a que se hace referencia en el texto. Hay en realidad un sistema americano, con normas convencionales de la amplitud y consistencia del Pacto de Río Janeiro y de la Carta de Bogotá, pero tal unión, lejos de expresar una simbiosis directa entre las naciones, se manifiesta como equilibrio mediatizado a través de la voz y de los intereses de Washington. Es decir, nos hemos unido no para defender lo nuestro, como pensó Bolívar cuando convocó el Congreso de Panamá (de éste originariamente fueron excluidos los Estados Unidos), sino para servir una política que muchas veces, por si no las más, contradice sentidas aspiraciones de los pueblos de abolen-go hispánico. Jugando, en razón de la fuerza, con los intereses privados de cada país americano, el Departamento de Estado ha procurado imponer una uniformidad en el pensamiento político de las naciones novicontinentales. Esto hizo que se recibiera con profunda simpatía la actitud de México, Guatemala y Argentina en el seno de la IV Reunión de Consulta de los Cancilleres americanos; pues al hacer reparos al proyecto de sobrecargar con obligaciones militares, de tipo internacional, a los países iberoamericanos, que nada tienen que hacer en el conflicto coreano, pusieron a salvo el sagrado derecho de disentir de la autorizada opinión de Washington, que asiste, por gravedad de soberanía y de

cultura, a nuestro convulso mundo hispanoamericano. (Seguramente en el fondo de otras Cancillerías americanas existió criterio igual al sustentado por los países disidentes, pero los Cancilleres hicieron la vista gorda en atención a otros compromisos).

Hoy se invoca como fuerza de imperio moral para animar la búsqueda de elementos que robustezcan el llamado «sistema americano», la necesidad de luchar asiduamente por la defensa de la civilización cristiana de Occidente, en que tan empeñosos se exhiben los magnates norteamericanos. Sin embargo, este problema tiene múltiples y variados aspectos que sería preciso examinar y graduar muy delicadamente, y que acaso aborde en ensayo que actualmente preparo.

Se ha intentado crear una confusión entre los intereses del capitalismo internacional y los altos y sagrados ideales de la civilización cristiana, amenazados por el comunismo ateo. Ambos planos, lejos de coincidir, se contradicen, ya que la idea cristiana se distancia tanto del sistema capitalista como del ateísmo comunista. Cuando los apóstoles llegaron a la Roma imperial, cuyas autoridades y sacerdotes representaban el orden de la riqueza y del poder, buscaron a las masas plebeyas, que habían sido víctimas de aquéllos y habían agitado a la vez «el orden de clases», que pondera Juan Luis Vives en sus *Causas de la decadencia de las Artes*, (Washington aspira hoy a la capitalidad profana del mundo occidental). Tampoco coinciden, empero a la continua se oponen, los intereses privativos de Estados Unidos y los intereses de los países hispanoamericanos. («El gigantón en medio de enanitos que ríen de vez en cuando, le quitan las botas y hacen morisquetas», escribía por 1939 Enrique Bernardo Núñez, mientras Gabriela Mistral, con voz tomada del dolor de la trágica profecía, anunciaba: «Estamos perdiendo la América, jalón por jalón, y un día nos despertaremos de nuestra confianza perezosa sabiendo que las palabras «Chile», «México» y «Nicaragua» ya no son sino nombres geográficos y no políticos, que señalan grados de latitud y de longitud, frutos y maderas diferenciados y una sola colonia no más de «New York»).

Distan tanto de la coincidencia los intereses imperialistas de Estados Unidos y los netos, altísimos y eternos ideales cristianos, que no hace mucho tiempo un alto y responsable funcionario del Foreign Service americano me habló de lo beneficioso que resultaría para la paz americana y para detener en el Nuevo Mundo el avance soviétizante, lograr que los partidos comunistas criollos se desvinculasen de Moscú y ad-

quiriesen autonomía nacionalista. Es decir, a juicio de aquél el problema de la lucha contra el comunismo no radica en el comunismo per se, sino en que pueda servir de instrumento expansivo a la política del Kremlin.

A Estados Unidos no importaría, pues, que Hispanoamérica se tornase una serie de repúblicas comunistas titoístas, siempre que le asegurasen éstas la libre explotación de sus riquezas.

Los cristianos que no tengan «fe de barberos, descansadera en ocho reales», según la expresión unamunesca, han de pensar de distinto modo y han de desglosar ambos problemas, para examinarlos en los respectivos planos diferenciales. Parece por ello más lógico no asociar a los fracasos del mundo capitalista y a las soluciones que ofrece la locura dilusional que parece envolver a gran parte de nuestro propio mundo, el porvenir de una doctrina que, por poseer, como posee la Iglesia, la certeza de que contra ella no prevalecerán las puertas del Infierno, se siente vencedora de los tiempos. Ella sabe, con frase de Tertuliano, que será eterno su destino, así viva «destituida de amparo en la tierra peregrina». En el orden positivo, tiene el cristianismo, aunque lo nieguen políticos de las calzas de Laski, fuerza sobrada para seguir empujando los bajeles de la esperanza; así pues, quienes, por sentirse comprometidos a su defensa, se enrolan sin examen en los cuadros circunstanciales y heterogéneos del anticomunismo de guerra, debieran pensar más en la eficacia de confiar el destino de los pueblos, no a los desiderata de la fuerza y a las manipulaciones del capitalismo internacional, sino a un sistema pacífico que dé en realidad sombraje a la justicia y haga más ancho el radio de la comodidad social. Antes que matar hombres para alcanzar el equilibrio pacífico del mundo, podía dedicar Estados Unidos a la satisfacción de los desheredados alguna parte de los sesenta mil millones de dólares (\$ 60.000.000.000,00) que le cuesta anualmente el pie mundial de la guerra. Preferible es que aborte el monstruo, en cuya destrucción puede mañana perecer la sociedad, a seguir alimentándose para que tome más vigor. Y el monstruo es el odio que entre los desafortunados provoca la indiferencia y la avaricia de los detentadores de la riqueza. Una justa política encaminada a sembrar en la sociedad la paz de Cristo, lograría lo que en balde prometen los administradores de la máquina de guerra.

En Estados Unidos, cuyo bondadoso e ingenuo pueblo no es responsable, sino víctima también, de las combinaciones de los políticos y de los negociantes, hay quienes, ante la presencia de los hijos muertos y

de los hermanos inútiles, piensan con estos mismos pensamientos, y en fecha reciente un experto escribía: «*The United States is confronted by a powerfull empire of dangerously paranoid character, whom we cannot coerce, and against whose violence we are powerless to defend ourselves*»: «Los Estados Unidos están padeciendo el poderoso influjo de un carácter peligrosamente paranoico, que no podemos dominar y contra cuya violencia nosotros somos impotentes para defendernos por nosotros mismos». («The Strategy of World War III», por Mayor General J. J. C. Fuller y Alexander Mabane. *American Perspectives* Vol. IV; 3—Summer 1951»).

- 11** Recientemente los distinguidos juriconsultos Manuel Octavio Romero Sánchez y Juan Penzini Hernández, jamás motejados de ideas extremistas, estamparon, en la oportunidad de intentar una acción civil contra la rama venezolana del consorcio internacional American Tobacco Company, los siguientes conceptos: «... Así se extrae y emigra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras, dejando míseros salarios y estelas de decepción y de desánimo ciudadano. Todo por el ansia de lucro de una compañía, como la Cigarrera Bigott, que nada tiene de nacional, porque su capital, su dirección, sus sistemas, sus gerentes y altos empleados son extranjeros. (Lo mismo podría decirse de otras empresas similares, patrocinadas por ilustres nombres criollos. B. I). Jamás se ha visto ni cotizado en el mercado de valores nacionales una acción de esta poderosa compañía. Como los corsarios antiguos, esta forma de capital arriba al país, y, en las naves del cambio, se lleva los frutos de nuestra mejor riqueza, olorosa a conquista y empapada en el sudor del trabajo estéril del hombre fuerte de nuestros campos».
- 12** El costo de factura en 1948 de las importaciones de bebidas alcohólicas y espirituosas; dulce y confituras; perfumería y sedería, fue, respectivamente Bs. 19.361.742; Bs. 3.699.050; Bs.7.712.308 y Bs. 60.321.591. «En 1938 —dice *El Heraldo* de Caracas— importamos en artículos alimenticios treinta y cuatro millones de bolívares; el año pasado —según cálculos provisionales— llegamos a cuatrocientos millones».
- 13** Juzgo que la obra máxima de Rafael Núñez no fue haber dado unidad política a Colombia, sino haber vencido la tesis del libre cambio, que tan buen aliado tuvo en el liberalismo radical de florentino González. El librecambismo tiene excelentes defensores en los tratadistas ingleses y anglo-americanos, por cuanto es favorable a los planes del imperialismo. La lucha de tarifas la aconsejan sólo entre países de igual desarrollo

industrial. (Hay quienes sostengan que el darwinismo se produjo también para legitimar una desigualdad humana que aligerase de escrúpulos la conciencia de los puritanos complicados en el comercio de esclavos. Podría hoy servir de alijo a la conciencia de los demócratas yanquis que ven con menosprecio a sus conciudadanos negros). Sin barreras aduaneras, la industria indígena de Nueva Granada había llegado a su anonadamiento. Núñez, al defender el sistema proteccionista, asentó las bases de la próspera industria colombiana. Algunos, aparentemente guiados de una preocupación popular, hablan del beneficio que representa para el pueblo la mercadería barata que viene del Exterior, ya que los precios iniciales de éstas permiten competir con los altos precios de la producción indígena. De primera intención pareciera inobjetable este argumento, pero, para un juicio definitivo, se ha de mirar no sólo al interés presente del país, sino al porvenir de su riqueza. Para que enraíce y tome fuerza la industria nacional (en ésta no debe incluirse la industria de los semiacabados), se requiere un pequeño y transitorio sacrificio, que bien puede hacer un país de moneda alta y altos salarios, y el cual se convertirá mañana en rebaja de precios que vendrá a compensar aquellos sacrificios, y en una radicación venezolana de capitales y ganancias.

La industria, aún aquella en que se invierte capital extranjero que sea sometido a justas regulaciones distributivas, representa para hoy, o si no para mañana, un valor permanente en categoría nacional. De lo contrario, el gran comercio distribuidor, así esté en manos criollas, obra, en último análisis, como mero agente de la industria extranjera y como enemigo potencial de la riqueza vernácula, cuando, en guerra de precios, impide o detiene la producción de artículos de la tierra. Una buena legislación proteccionista debiera mirar tanto a la materia arancelaria como al régimen de las inversiones extranjeras, en lo que dice a participar éstas en industrias ya explotadas por los criollos, lo mismo que a la monta de las utilidades líquidas que los extranjeros puedan sacar del país.

- 14** Mi excelente amigo el escritor Alfredo Tarre Morzi, en artículo publicado en *Panorama*, de Maracaibo, para comentar la primera edición de este ensayo y después de obsequiarme generosas frases de cálida amistad, me atribuye, como digo en el prólogo, un criterio pesimista que según él, no me deja estimar las ventajas que para el Estado venezolano han constituido los altos presupuestos fiscales derivados de la explota-

ción aceitera, y los cuales han permitido la realización de importantes obras de progreso. Si a ver vamos, los ingresos fiscales no son gracia que aminora la responsabilidad de los entreguistas de nuestra riqueza, sino legítima participación del país en el fruto de sus reservas naturales, y para lograrse lo que hoy se recibe, se ha necesitado la constante revisión que inició en política petrolera el ilustre Presidente Medina Angarita el año de 1943. Nadie niega la ventaja que la República ha podido derivar de las fuertes sumas que por regalías, impuestos, sueldos, salarios y demás inversiones le ingresan en razón del petróleo. En cambio, nadie se atreve a negar tampoco que la falta de sentido patriótico y la ausencia de espíritu de previsión han hecho de la abundancia venezolana un instrumento de disolución nacional, propicio a la apertura de caminos de corrupción y de molicie, que van hasta sitios que obligan al buen callar de Sancho. Gracias a la posibilidad de gastar a mano abierta, se ha tirado el dinero al voleo, hasta ser el país una inmensa mina realenga que privilegiados indígenas y forasteros (éstos con mayor provecho), procuran explotar a sus anchas.

Ya corre por el mundo de la alegría la noticia de que en Puerto España, capital de nuestra antigua provincia trinitaria, se establecerá un gran casino como el de Montecarlo. Claro que sí. Y de ese modo Inglaterra lo que no se puede llevar por las vías toleradas del comercio, se lo llevará por los caminos dudosos del azar. Dentro de poco saldrán nuestros alegres y despreocupados ricos a gastar en el vecindario sus buenos bolívares, pues, como he dicho, donde todo está intervenido, lo único libre es la moneda. Mientras tanto el campo no produce lo necesario, y la vieja pulpería de sabor nacional, donde se compraban cosas del país para el diario sustento del pueblo, está llena de frascos y de enlatados provenientes del Exterior. ¡Y hasta el pan nos viene prefabricado del Norte! Y en latas ornamentadas de palabras inglesas, nos ofrecen hoy nuestros «buenos vecinos» las humildes caraotas de la dieta popular venezolana, como libelo de vergüenza para nuestra ineptitud nacional. Mejor que estirar en el Exterior el pedestal de las estatuas de Bolívar, sería buscar los medios de levantar los instrumentos internos, ora morales, ora materiales, que puedan garantizarnos la autonomía porque Bolívar sacrificó su existencia magnífica.

Denunciar una vez más esta dolorosa realidad no creo que merezca calificativo de pesimismo. Y enlazarla a la política del petróleo, no parece yerro, por cuanto la disolución producida en razón de la hipertrofia

de nuestra riqueza, ha sido la causa del estado de conciencia que sirve de raíz a nuestro actual sistema de vida, y el petróleo pudo extender su mancha grasienta a todo lo ancho de los ojos nacionales, porque el país carecía de una vertebración histórica que le permitiese pensar en sí mismo y en el momento, ya llegado, de que nos convirtiéramos en peligrosa fuente de abastecimiento bélico mundial, mientras los millones de barriles de la producción petrolera mantienen al pueblo en condiciones lamentables de atraso.

Y no sólo abrimos nuestras puertas para la invasión extranjera, sino que salimos fuera de nuestro territorio para asociarnos al despilfarro de nuestra moneda. Hace pocas semanas los diarios de la capital ponderaban la iniciativa tomada por la Línea Aeropostal Venezolana en orden a efectuar vuelos que transporten nuestro, turistas a Barbados. Es decir, una empresa venezolana fomenta la evasión de nuestras divisas, a cambio de vender unos pasajes que debieran destinarse preferentemente al turismo interior. Bien podría el Estado construir hoteles y carreteras de penetración, que hicieran agradables los viajes a las maravillosas regiones de nuestro litoral y del interior, e intensificar el turismo, que ya ha iniciado hacia Barlovento la misma empresa.

- 15** Caracas presenció recientemente un doloroso espectáculo de incultura y de negación de nuestros valores nacionales, cuando un grupo de mozos, de nuestra «primera» sociedad destruyó los altoparlantes que, en la Plazoleta del Obelisco, en Altamira, difundían música popular venezolana. Ellos querían mambos, congas y rumbas. Plausiblemente las autoridades han sostenido su propósito de preferir nuestra música.
- 16** La producción en serie hace que los dibujos e historietas cómicas, cuyas matrices se preparan en Estados Unidos, resulten en extremo económicos para las empresas editoras de diarios. Esto da cierto carácter de pesada uniformidad a un gran sector de la prensa de América. Algunas tiras, como las de Walt Disney, exhiben una delicada sensibilidad, que hace honor a la cultura del pueblo americano, tanto como las mejores revistas de sus grandes Universidades. Otras, en cambio, parecen dirigidas en los propios muelles de Brooklyn, por aventureros con mentalidad de gansters y por mozos de cordel. (Diríase que fueran una avanzada del ejército corruptor que tiene su cuartel general en Hollywood). No han parado mientes nuestras empresas periodísticas en el riesgo que constituye este mercado de dibujos. Sin embargo, *El Heraldo* se vio recientemente en necesidad de dar excusas al público por haber publicado inadvertidamente una noticia gráfica que iba en descrédito de

nuestro decoro histórico.

- 17 Sería lógico pensar que, con el fin de robustecer los atributos que permitan la asimilación moral de las masas de inmigrantes, se intensificase en nuestros planteles primarios y secundarios el estudio de la Historia nacional. El camino aconsejado por un recto pensar. Sin embargo, he tenido la sorpresa de saber que se trata actualmente de disminuir el programa de Historia en los institutos de secundaria, por considerarse una disciplina poco «formativa».
- 18 Este trabajo estaba escrito dos días antes de perpetrarse el tenebroso crimen que puso fin a la vida del Presidente Delgado Chalbaud. Lo aislado de este hecho, y la repugnancia con que ha sido visto por los propios enemigos de la víctima, hacen que él no desmejore el concepto que merece nuestro pueblo. (Nota de 1950)
- 19 Sorokin, de la Universidad de Harvard, ha hecho un análisis exhaustivo de las causas y proyecciones de las crisis que han quebrantado la actual sociedad universal, mas no ha logrado una solución favorable que pudiera tomarse como camino hacia una actitud de general convalecencia. Para encontrar salida a los problemas de nuestro mundo, sería necesario «que la gente comenzase un día a apartarse del presente, y en cierto sentido, a buscar el modo de desaparecer de él», según aconseja Maritain. Precisaría, pues, dar espaldas al mundo de mentira en que vivimos. Para reconstruir los valores de cuya quiebra nos quejamos, sería necesario fabricarles una realidad que permitiese enunciarlos sin riesgo de proseguir, la abominable comedia de vivir el dúplice sistema que viste con altos signos un proceso social detestable. Si creemos en la justicia, en la igualdad y en la libertad como posibilidades normativas, no cultivemos la injusticia, ni celebremos la desigualdad, ni menos aún sirvamos los planes que buscan la esclavitud del hombre. Si hablamos de una sociedad cristiana, vamos a la realización inmediata de las consignas de fraternidad, de caridad y de justicia que forman la esencia del cristianismo y ayudemos al prójimo a vivir en forma tal que vean en nosotros la expresión realista de un mundo fraternal. Así vendría la paz consentida y buscada por los mismos hombres y no el armisticio impuesto como equilibrio de las fuerzas voraces de los imperios. Así llegaría la sociedad, por la sinceridad de su propia conducta, a vestir la blusa listada del criminal a los gánsteres de frac que hoy reclaman sus honores y juegan arbitrariamente con su suerte.

Mario Briceño Iragorry, la angustia de nuestro drama

«Sin negar el sentido ecuménico del hombre, he defendido de manera ardorosa y sistemática los valores de lo venezolano y he denunciado en forma angustiada el proceso de disolución promovido en el esqueleto de la sociedad nacional por la presencia de antivalores que desdicen nuestra tradición de pueblo».

MARIO BRICEÑO IRAGORRY, 1954

Si tenemos este libro ante nuestros ojos, su título, *Mensaje sin Destino*, queda desactivado, puesto que su contenido, su palpitación, ha encontrado su punto de llegada, cual es cada uno de sus lectores. Si lo has hojeado o te has detenido en algún párrafo, resultó que el destino eras tú; y eso es mucho decir, ya que cada receptor de un libro hace de este un mundo diferente, un hábitat propio con insospechadas puertas por las que circular a gusto. Así se leen todos los libros y este en particular, puesto que está escrito en el tono de quien debate –incluso, se adelanta a la recepción de su interlocutor y contesta sus eventuales planteamientos o réplicas–. «La escritura de Briceño Iragorry es eminentemente oralizada», dice el crítico Gregory Zambrano, «en ella se percibe la arenga y conminación a la acción, porque su perfil de referencia siempre fue el interlocutor, no como algo abstracto o anónimo, sino el otro que escucha desde las dimensiones del humano ser».

Es posible que Mario Briceño Iragorry haya puesto ese nombre a su libro en previsión de que no encontraría interlocución, de que la crisis de pueblo a la que alude con tanta angustia a lo largo de sus páginas se exprese en la negativa de los venezolanos a entrar en diálogo con quien advierte nuestras desviaciones y nos agua la fiesta señalándonos carencias, extravíos y no pocas frivolidades.

¿De verdad creía Briceño Iragorrry que su libro caería en tierra de sordos? No tenía muchos indicios para pensar esto, puesto que *Mensaje sin destino*, cuya primera edición es de finales de 1950, distaba mucho de ser su primer libro y el conjunto de su obra contaba con un público interesado, por decir lo menos; además de que sus constantes intervenciones en prensa eran recibidas con reacciones muy distantes de la distraída condescendencia que se le dedica a la tibieza y, más bien, animaban réplicas dialogantes y no pocas refutaciones. Pero no hay duda de que ese título nihilista, esa negación de antemano de que haya alguien al final del túnel de la comunicación no surge completamente de la nada y puede interpretarse a la luz del contexto literario y filosófico general, así como en el específico de la época y el pensamiento del autor.

Un mensaje sin destino es el que se enuncia con independencia de su arribada, porque tiene que decirse y punto. No importa si complace o molesta, ni siquiera si contará con una indiferencia absoluta, que es lo peor que puede pasarle a un mensaje cuya esencia es la de completarse en la recalada. El asunto es producirlo y enviarlo; ya sus eventuales receptores verán si lo dejan caer en un charco como el envoltorio de un caramelo soltado al aire. Pero este es solo un aspecto contemplado por el título.

El otro es la sensación de vicisitud y desorientación que el autor resiente del contexto en que emite su mensaje. En las décadas previas y contemporáneas a la publicación de este libro reinaba en Hispanoamérica, y en Venezuela en particular, una sensación de incertidumbre y falta de rumbo de los proyectos nacionales. Los sobresaltos políticos, los regímenes autoritarios y la frustración ante las promesas incumplidas de la modernidad generaban un sentimiento de desorientación que el título podría reflejar.

Muchos ensayistas antes que Briceño Iragorrry habían explorado cuestiones similares con tono de preocupación o incluso pesimismo sobre el futuro del continente. El título podría, pues, resonar con esta tradición de análisis crítico.

Aunque *Mensaje sin destino* no es un ensayo filosófico existencialista, sí expresa la sensación de falta de un destino individual y colectivo que sea fraguado de manera consciente por un país que conoce su historia y en ella se afinsa para avizorar su futuro. Esa ausencia de un sentido trascendente en la historia podría tener ecos de corrientes filosóficas que exploraban la condición humana, la angustia y la ausencia de un propósito inherente. Autores como Søren Kierkegaard y Friedrich Nietzsche, –de quienes Briceño Iragorry era lector confeso y cuyas reflexiones aparecen citadas en sus textos–, abordaron asuntos relacionados con la libertad, la responsabilidad y la falta de un destino prefijado; esto es, un destino que sea responsabilidad de alguien y no un devenir tumultuoso producto de los azares y las eventualidades de la vida. Eso que décadas después quedaría acuñado en la expresión «como vaya viniendo, vamos viendo...». Contra esto clamaba Mario Briceño Iragorry en su escritura febril, consciente o temeroso, pobre alma mortificada, de que sus alegatos quedarían sin escucha.

Cómo no evocar también la metáfora del mensaje lanzado al mar (son tan pocas las oportunidades de que alguien tope alguna vez con la botella cuyo corcho asoma danzante en la superficie de las olas), pero, diría Briceño Iragorry, aun así, tiene el naufragio más ocasión de hallar un corresponsal salvador que los pueblos de establecer una comunicación efectiva con las élites infatuadas de poder y, en fin, de unos y otras para construir un proyecto nacional coherente y anclado en su tradición histórica.

A lo largo de su obra y su vida pública, el trujillano mostró una constante preocupación por la continuidad del devenir venezolano, sus «hiatos históricos», como llamó a los intentos de desconocer hasta el borramiento periodos que marcaron tanto nuestro perfil, como la Colonial, así como la necesidad de un liderazgo con sólidos atributos intelectuales y morales. El título podría sintetizar su propia frustración y su sombrío diagnóstico respecto del rumbo que auguraba para el país.

Mario Briceño-Iragorrry no es pesimista, asegura la investigadora Laura Febres, autora de un libro que indaga en la historia reflejada en este autor, «sino que aún hoy no hemos visto salida a los problemas que plantea. Por eso *Mensaje sin destino* fue llamado de esa forma, porque él sabía que lo iban a escuchar pocos y que a los venezolanos nos iba a costar mucho trabajo introducirnos dentro del tiempo histórico». Y él mismo escribiría, en el prólogo a sus *Obras selectas* (1954): «Por esencia soy hombre idealista. El mundo de las ideas más que el mundo de los hechos ha sido la temática preferida en mi labor de escritor. En el confuso terreno de la realidad venezolana, he dado algunos tropiezos por entretenerme en la contemplación de un espejismo. A pesar de todo, creo en el progreso humano. Así el hombre construya bombas infernales para su propia destrucción, sigo confiando en un nuevo renacimiento del espíritu. Pese a mi censurado tradicionalismo, no tradicionalismo, soy fervoroso amante del progreso».

En suma, el título de *Mensaje sin destino* es una provocación, un desafío a los lectores de cualquier época –si venezolano, mejor– para devenir destino de un mensaje con el que podemos disentir en algunas de sus aristas, pero del que nadie podrá negar que fue escrito desde una reflexión profunda y muy concernida respecto de la suerte de Venezuela. De hecho, cuando Roberto Lovera-De Sola recibió el encargo de prologar la octava reimpresión de esta obra (hecha por Monte Ávila Editores, en 1989), escogió como epígrafe una frase de Briceño Iragorrry incluida en la introducción que el propio autor hiciera para sus *Obras selectas*, en 1954:

«Defender la dignidad humana hasta el sacrificio;
pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad».

... un luminoso retrato de sí mismo, califica Lovera De-Sola a este par de líneas. Tiene razón. Y es, además, un esclarecimiento muy breve, brevísimo, de la determinación de discernir con autonomía y responsabilidad, aun cuando eso conlleve el castigo del aislamiento: la condena a pergeñar mensajes que queden sin destino.

Puede ocurrir que el lenguaje de Briceño Iragorrry te deje un poco perplejo en ciertos pasajes. Razón de más para persistir en su lectura. Cada idea tiene su canción, su tono, su familia de palabras. La forma se corresponde con el fondo; y el fondo de este libro no es cosa que se despache con formas planas o facilonas. Por el contrario, emplea un lenguaje culto y elaborado, de léxico amplio y sintaxis compleja.

Dejemos que sea el historiador Manuel Caballero quien exponga el valor de las formas expresivas y retóricas empleadas por nuestro autor: «Mario Briceño Iragorrry», escribió Caballero, «para decirlo como el Rafael Cadenas de *Los cuadernos del desierto*, «era de diferente linaje». Como el español Pedro Salinas, y como el mismo Cadenas, don Mario forma parte de la aguerrida aunque por desgracia poco poblada falange de los «defensores del idioma» (a punto, el poeta Pedro Salinas tituló *El defensor* un suyo libro de prosas).

—Nos contentaremos con citar, —sigue Caballero— en apoyo a esta nuestra afirmación, sólo un ensayo de don Mario en su libro *Aviso a los navegantes*. Parecía una defensa de la pureza del castellano frente a la invasión de los barbarismos, de ese pavoroso *espanglish* que entonces tocaba a nuestras puertas y que hoy abier-tas ellas de par en par, ya casi nos ha expulsado de casa. «Motel» recordaba, es una simple contracción de «motor» y «hotel», para designar a ese tipo de alojamiento para el cual, sin embargo, existe una buena cantidad de vocablos que pueden hacerlo en nuestra lengua, con propiedad y sin bastardías. «Parecía una defensa» decimos, porque lo era en principio. Pero tomada así, era una batalla perdida.

Para acompañarte en el recorrido, apuntemos que estás ante un discurso ensayístico (no es ficción, novela o cuento, ni es una monografía donde se intente argumentar una perspectiva con datos y números). Es una manera de pensar, de ir pensando el asunto, al tiempo que se va desplegando una exposición con argumentos

tomados de la propia memoria, esto es, del arsenal teórico y espiritual con que contamos para defender una posición. El ensayo tiene en común con la poesía el hecho de que es el lenguaje nombrando el mundo y pensándose a sí mismo, lo que equivale a descubrir el mundo mientras se descubre el alma que a él se asoma. Solo que el poema es en verso y, claro, que los poetas destacan por su capacidad de síntesis (de relumbrar con pocas palabras), mientras que el ensayista se regodea en dar vueltas, enroscarse en sí mismo, ir y venir, y también, de pronto, fulguran. Lo verás en este libro, donde Briceño Iragorri construye su razonamiento a través de una combinación de análisis histórico y reflexión ensayística, con un estilo apasionado y elocuente. No sigue una estructura académica, sino que su argumentación se desarrolla de manera orgánica y persuasiva.

Mensaje sin destino no está dividido en capítulos o secciones con títulos explícitos. Está organizado, más bien, en fragmentos numerados, cada uno ocupado de un aspecto de su preocupación central sobre la «crisis de pueblo» en Venezuela. A grandes rasgos, la organización del ensayo se puede describir así:

Tras el Prólogo o Introducción del autor, donde establece el contexto de la escritura (la Venezuela de comienzos de la década de los 50) y la inquietud medular del autor: la falta de sentido histórico y la «crisis de pueblo» que aprecia en la sociedad venezolana, acomete el análisis de la «crisis de pueblo», donde Briceño Iragorri desarrolla su tesis principal. Aquí explora las manifestaciones de esta crisis, que incluyen: La inestabilidad política y social endémica; la falta de continuidad y conciencia histórica; la tendencia a la imitación acrítica de lo extranjero; y el debilitamiento de los valores fundamentales de la venezolanidad.

En sus páginas, recalca Roberto Lovera-Sola, «don Mario nos pidió que, para poder existir como nación, en el sentido pleno del término, tenemos que poseer sentido histórico. [...] hay que buscar la verdadera entraña de lo que somos. Y es eso lo que no

hemos visto. Es este el sentido más hondo de *Mensaje...*, que es en el fondo un breviario de aprendizaje, un ideario, un llamado a despertar, un clamor que se alzó con mucha anticipación contra lo que Arturo Usler-Pietri denominó, veintinueve años más tarde, el 17 de diciembre de 1980, la «ola del petróleo». [...] *Mensaje...* era el análisis que se venía gestando desde tiempo atrás dentro de los escritos de Briceño Iragorry. En discursos, ensayos, en artículos periodísticos había adelantado ya parte de sus reflexiones. Sin embargo, el hecho de que en el mismo año de la publicación de su primera edición, Arturo Usler Pietri sintiera la necesidad de plantear que la literatura venezolana pasaba por una «crisis», hizo que Briceño Iragorry se sintiera en la necesidad de responder como historiador al tema de aquel trance señalado por Usler Pietri. Acotó que para él no se trataba de un conflicto creador sino de una «crisis de pueblo». Conflicto de pueblo y no del pueblo como algunos quisieron entender en aquellas horas».

Briceño Iragorry se pregunta qué significa ser venezolano. Explora las raíces históricas, culturales y sociales que han moldeado la nación, así como las particularidades geográficas y los procesos históricos que han configurado una identidad compleja y a menudo conflictiva. Su tesis se basa en un análisis de la sociedad venezolana de su época, con examen de las costumbres, valores y actitudes que, a su juicio, perpetúan la «crisis». Critica la superficialidad, la falta de compromiso cívico y la tendencia a priorizar intereses individuales sobre el bien común; y deplora del caudillismo, a cuyo personalismo y falta de visión institucional, acusa de haber obstaculizado la construcción de ese proyecto nacional fornido y duradero que tanto reclama. Eso, mientras señala la carencia de una élite dirigente capaz de trascender los intereses particulares y construir un futuro colectivo.

Con frecuencia nos sacude el tono profético y de advertencia, porque si bien *Mensaje sin destino* no concluye con un llamado explícito a la acción (es, en realidad, una convocatoria a la introspección), sí trasunta la urgencia de que los venezolanos tomemos

conciencia de nuestro pasado y trabajemos en la forja de un futuro menos fortuito y con sentido de unidad.

Es posible que percibas cierto conservadurismo en el tono de Briceño Iragorry (él mismo se adelanta a esta posibilidad y la rebate, por cierto, con bastante mal humor), pero sí, puede hablarse en su caso de un conservadurismo con apertura social, muy arraigado en una determinada tradición venezolana. Pero sí. Por ejemplo, cuando escarnece de los extranjerismos adoptados por el habla cotidiana («La propia lengua, instrumento de lucha y de conservación de la nacionalidad, se desfigura por la fácil y alegre adopción de inútiles palabras extrañas. Los mismos avisos y nombres de casas de comercio, dan un aspecto de disolución nacional a las ciudades. Los criollísimos obreros de la explotación petrolera empiezan a hablar una jerga vergonzosa»). No siempre las adherencias son «inútiles» o inexplicables. Con frecuencia, las lenguas, que son criaturas con vida, en constante mutación, incorporan vocablos foráneos porque carecen de estos en su matriz original, como fue el caso, precisamente, de la jerga petrolera venezolana, altamente impregnada del inglés porque en esa lengua estaban la tecnología, prácticas y jerarquías organizacionales de la industria.

Y algo parecido puede esgrimirse a la hora de impugnar los calumniosos juicios de Briceño Iragorry a la música que para la época ha empezado a escucharse, sobre todo en los ámbitos urbanos del país... «¿Y qué decir de la música exótica, traída de las Antillas, con que ha sido sustituida nuestra vieja música romántica y que desaloja nuestros propios aires folklóricos? ¿Qué sino contribuir al vértigo de la mente y a acercar las víctimas a los manaderos de la marihuana, pueden hacer rumbas, congas y mambos, del peor alarde antirrítmico?».

Desestima don Mario el hecho de que la música tradicional venezolana no es bailable —o no es este un rasgo que le sea característico—, como sí lo son los referidos ritmos cubanos, la plena puertorriqueña o el merengue dominicano, aportes antillanos que

recibiéramos en nuestra costas con entusiastas manifestaciones de gratitud y rápidamente conducidas a los salones para mecernos al unísono en sus divinos compases.

Es más que discutible el supuesto perjuicio de las añadiduras a la cultura popular, mucho menos cuando estas provienen del entorno caribeño al que nosotros también pertenecemos. Nada reprochable tiene, tampoco, la agregación del rock, el blues, el big-band o el jazz a nuestro consumo cultural, que desde el nacimiento de la nacionalidad ha sido poroso y, por tanto, susceptible de admitir contribuciones de otros países, lenguas y mentalidades. Qué sería de nuestras sensibilidades sin el tango, el bolero, la guaracha, el pasodoble o el bossa nova... ninguno de invención local, pero todos afianzados en nuestra memoria y cartografía sentimental. Dios nos libre de habernos perdido esa amada avalancha.

Prueba de que en este punto el maestro incurre en una suerte de contradicción es que su propio estilo de escritura, —sí, cómo no, de reconocible raigambre venezolana—, evidencia un bagaje intelectual claramente influido por la tradición del ensayo europeo y el pensamiento occidental. Podría haber, pues, una tensión entre la necesidad de afirmar una identidad propia y la inevitable infiltración del ideario universal.

En fin, no cabe postular el *Mensaje sin destino* como catecismo (tampoco es que el atisbo de conservadurismo que detectamos en su autor caiga en lo estático, lo paralizante ni en lo reaccionario. No es así, en lo absoluto). Es un ensayo que nos interpela, escrito en una prosa pensativa, a menudo melancólica, en la que algunos han notado afinidades estilísticas con autores como Miguel de Unamuno o incluso Azorín. Escrito, vale recalcar, en un contexto histórico particular, la Venezuela de 1950, y, sin embargo, conserva la frescura de la rosa recién cortada. No es poco.

Mensaje sin destino sigue siendo una obra fundamental para comprender el país con sus claroscuros. Por eso persistimos en su

lectura; una lectura que no es aquiescente sino dinámica, conversacional... No es una obra caracterizada por el humor explícito o la sátira evidente; su tono es más bien grave, caviloso e intranquilo, pero no exento de destellos de humor o, quizás, para mayor precisión, de una ironía sutil y observaciones mordaces dispersas a lo largo del texto, que revelan una aguda observación de las contradicciones y las debilidades de la sociedad venezolana.

Al señalar la distancia entre el ideal y la realidad, o para comentar las actitudes y comportamientos que critica, nos saca sonrisas y, a veces, con algunas descripciones de tipos sociales o de dinámicas políticas, su agudeza al evidenciar lo absurdo o lo contradictorio de ciertas conductas nos mueve a la franca carcajada. Vaya con don Mario. Es lo que tienen los matices de lenguaje, las modulaciones, los giros personales, que son capaces de deparar estos ¿ligeros?, graciosos, aunque estén imbuidos de una fuerte cuestionamiento general.

Mario Briceño Iragorry nació en la ciudad de Trujillo, capital del estado del mismo nombre, el 15 de septiembre de 1897. Hijo mayor de Jesús Briceño Valero y de María Iragorry, ambos provenientes de familias con arraigo de varios siglos en los Andes venezolanos. Tras graduarse de bachiller en el Colegio Federal de Varones de Valera, se trasladó a Caracas, en 1912, para ingresar a la Academia Militar, donde conocería Isaías Medina Angarita (quien sería Presidente de la república del 5 de mayo de 1941 al 18 de octubre de 1945). Sin terminar la formación de oficial, el joven Mario regresó a Trujillo, donde ejerció el periodismo. Y en 1918, cuando tenía 21 años, se fue a Mérida para estudiar Derecho en la Universidad de los Andes, donde se graduó de abogado. Fue en esa ciudad andina donde conoció a Josefina Picón Gabaldón, con quien se casó en 1923.

El año 1921 lo encuentra en Caracas, listo para entrar a trabajar en la Dirección de Política Internacional del Ministerio de

Relaciones Exteriores, donde compartía oficina con Lisandro Alvarado, Jacinto Fombona Pachano y José Antonio Ramos Sucre. Al mismo tiempo, era profesor del liceo Andrés Bello, del que llegó a ser director. En 1922, tras unos meses como secretario de la Cámara de Diputados, fue nombrado cónsul de Venezuela en Nueva Orleans (1923-25).

Entre 1927 y 1941 se desempeñó como presidente interino de los estados Trujillo y Carabobo; Secretario de la Universidad Central de Venezuela; y embajador en Costa Rica (del 36 al 41), ya entonces se había incorporado a la Academia Nacional de la Historia y de la Lengua (1932). «Viejos amables me llevaron de la manera más cariñosa, aún en edad temprana, a la Academia de la Historia y a la Venezolana correspondiente a la Española. No vieron ellos en mí quilates de erudición ni prendas de estilo literario, sino una definida vocación de trabajo», escribiría en el prólogo a sus *Obras Selectas* (1954).

Al llegar el general Medina Angarita al poder, el trujillano fue director del Archivo General de la Nación (1942-1943), presidente del estado Bolívar (1943-1944) y del Congreso de Venezuela (1945).

El 18 de octubre de 1945 se produce el derrocamiento de Medina y tanto este como el trujillano fueron detenidos y llevados presos al Cuartel de la Planicie, pero a los pocos días fueron liberados y el escritor se dedicó a ejercer su profesión de abogado. «Briceño-Iragorry inicia en 1945 un largo proceso de angustia y amargura que lo acompañará hasta su muerte trece años después», asegura el escritor Valmore Muñoz Arteaga.

En 1949 la Junta Militar que derrocó al presidente Rómulo Gallegos lo nombra embajador en Colombia, pero en las elecciones parlamentarias de 1952, tras el desconocimiento de los resultados adversos a la Junta Militar de Gobierno (los resultados iniciales favorecían al partido URD, Unión Republicana Democrática,

liderado por Jóvito Villalba, y del que Briceño Iragorry era figura prominente, pero el gobierno militar interrumpió el conteo y anunció la victoria de Pérez Jiménez) se asiló en la embajada de Brasil. Marcharía al exilio en Costa Rica en 1953 y luego en Madrid (1953-1958).

En abril de 1958, tres meses después de la caída de Pérez Jiménez, volvió a Caracas, donde murió a las pocas semanas, el 6 de junio de 1958. Sus restos fueron llevados al Panteón Nacional el 6 de marzo de 1991.

«*Mensaje sin destino*, publicado en las postrimerías de 1950, ha sido el más afortunado de mis libros. Por medio de él logré que nuestro público sintiera al bulto la necesidad de defender los módulos integrales de la nación. Planteo en él el caso de nuestra crisis de pueblo, no del pueblo como por error han entendido algunos. En pocas líneas presento, en pos de medios que la iluminen y contradigan, toda la angustia de nuestro drama de pueblo sin formación interna, enfrentado con la voracidad extranjera».

Dejó escrito, en 1954.

Milagros Socorro

